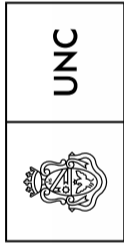


Deodoro

Universidad
Nacional
de Córdoba



Argentina | Mayo de 2016 | Año 7
M^o 62 | ISSN: 1853-2349

\$10-



Gaceta de crítica
y cultura

novedades/restauraciones
del gobierno
de cambios

Escriben: Barbeito,
Baronetto, Lo Presti,
Da Silva Catela, Ratti,
Soler, Burgos y DDHH
Delegación Córdoba /
También: La Chacha
Villagra / Lamberti y el
último de Denis Johnson /
Lapezzata y la última de
Suar / Además: poesía,
artes visuales, teatro,
música y más.

- | | | | |
|----|--|----|---|
| 3 | Apertura En la hoguera
Guillermo Vazquez | 12 | Me casé con un boludo, mejor me voy a Francia
Matías Lapezzata |
| 4 | ¿Qué hay de nuevo viejo? Novedades/
restauraciones del gobierno Dossier
Reingeniería económica y parasitismo
Ignacio Barbeito | 14 | Biografía de Gustavo Roca
Luis Rodeiro |
| 5 | El macrismo y la cuestión social
Luis Miguel Baronetto | 15 | Voy en tren
Luciano Lamberti |
| 6 | El gobierno de las tres "D"
Trabajadores de la Secretaría de Derechos
Humanos de la Nación, Delegación Córdoba | 16 | Eva Finquelstein y los archivos impuros
Mariana Robles |
| 7 | El Fútbol como síntoma: recorrido cronológico
del FPT
Flavio Lo Presti | 17 | Esto no es un link
Ricardo Ryser |
| 8 | El derecho a la comunicación en terapia intensiva
Camilo Ratti | 18 | Cumbia Zero
Agustín Berti |
| 9 | El periodismo son los medios
Soledad Soler | 19 | Villagra, el fútbol y la historia.
Ángel Sebastián Ramia |
| 10 | Crónica de una visita a Jujuy
Ludmila da Silva Catela | 20 | Reseñas cruzadas
Ir Elena Annibali
Un campo de desnudeces Pablo Carrizo |
| 11 | La Extraña Dama
Juan Manuel Burgos | 22 | La confabulación de los pájaros
Juan Manuel Conforte |

Deodoro



Universidad Nacional de Córdoba

Rector: Dr. Hugo Juri

Vicerrector: Dr. Ramón Pedro Yanzi Ferreira

Director: Guillermo Vazquez

Secretario de redacción: Matías Lapezzata

Coordinadora Institucional: Rocío Longo

Consejo Editorial: Fwala-lo Marín, Emilia Casiva,
Mariano Barsotti

Corrección: Raúl Allende

Administración: Matías Lapezzata

Ayudantes alumnas: Carolina Dupraz, Clara Presman

Revista mensual editada por la Editorial de la UNC

ISSN: 1853-2349

Editorial de la UNC. Pabellón Argentina

Haya de la Torre s/n, Ciudad Universitaria.

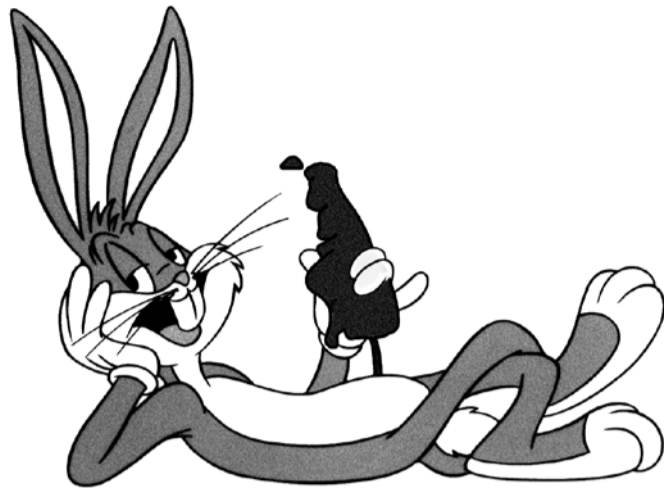
(351) 4629526 | Córdoba | CP X5000GYA

deodoro@editorial.unc.edu.ar

info@editorial.unc.edu.ar

Deodoro, gaceta de crítica y cultura no se hace responsable de las opiniones y artículos aquí publicados. Los textos son responsabilidad de quien los firma.

Impreso en Comercio y Justicia Editores



En la hoguera

Guillermo Vazquez

Grupo de tareas gerencial para reinstalar a la Argentina en el circuito financiero internacional. Nacimiento al lenguaje y la práctica política del siglo XXI. Retorno del neoliberalismo. Fin del “consenso de las commodities”. Ceocracia. Gobierno de Despidos, Desmantelamiento y Derechos Vulnerados – escriben en este número los trabajadores de la delegación cordobesa de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación. Brutalidad oligárquica, esgrime Guillermo Moreno. Súbita agonía del país peronista – como tituló su dossier la siempre interesante revista *Crisis*. Centroderecha argentina por primera vez democráticamente victoriosa. Paradigma de una ola antipopulista en la región. O, también, como figura en uno de los cientos de avisos fúnebres de enero pasado por la muerte de Guillermo Alchourón (ex presidente de la Sociedad Rural Argentina): restauración de la república. Fin de época. Y así. Hace unos años la cátedra de Oscar Landi en la UBA dio como lectura obligatoria el policial negro norteamericano para tratar de explicar el menemismo – hasta que nuevas categorías fueran surgiendo al interior de la teoría política argentina. Ahora los análisis proliferan, y este dossier intenta aportar varios desde disciplinas y maneras distintas. Pero en el medio del análisis, de los análisis, las mayorías del país se encuentran entre la expectación, el padecimiento, la frustración o el desentendimiento – una buena parte: después del hartazgo, otra de casi iguales proporciones: tras la derrota.

Sin embargo, en las evidentes novedades del gobierno de Cambiemos, en su órbita lingüística, en su semiótica cargada de calculados gestos y acciones tendientes a una suerte de gobernabilidad visual y emocional, sucede también otra cosa. Suceden también otras cosas. Uno de los acontecimientos más interesantes, y contemporáneo a los primeros meses de Cambiemos, como si fuera parte de una temporalidad distinta – a la vez que simultánea – fue una afiliación masiva como pocas veces se vio en la historia al Partido

Justicialista. No al Frente Ciudadano, ni al Partido Peronista Auténtico (que fue faro del peronismo montonero en los meses previos al golpe del 76): al Partido que hoy preside el ex gobernador sanjuanino José Luis Gioja. Contra la muerte total de las ideologías y las estructuras, en el momento en que se predicó la crisis absoluta de los partidos políticos, sucedía eso. Y esa afiliación ocurrió, quizás, sin razonarla en la “identidad mayoritariamente peronista de la clase trabajadora argentina” que también fue el lema de otra época – hoy sería muy difícil afirmar semejante cuestión. Esa acción de cientos de miles, combinó una idea tan del siglo XX – el Partido como depositario del hacer, de las tareas de militancia, el aparato de conducción – con una reinterpretación de un espacio que, tras la muerte de Perón, parecía que solo perdería vitalidad.

Porque si hubo antes, en la década kirchnerista, una revitalización de la identidad peronista (de Emilio Pérsico a Nancy Duplaá), no iba de suyo que eso se tradujera en una revitalización *justicialista* partidaria – en un punto, transversalidad y demás mediante, fueron inversamente proporcionales.

El primer viernes de mayo había pasado una semana exacta después de que el movimiento obrero organizado volviera a poner en duda – una duda, diría un profesor de Metafísica, *metódica* – la muerte de un sujeto popular vertebrador del cambio hacia la justicia social. Ese día, por la noche, Cristina Banegas brilló con su interpretación de Eva Perón en la hoguera en un Teatro Real repleto – mudo y tenso durante su actuación, y exultante de aplausos y gritos al final. Un leve resfrío, o acaso una alergia por su vestimenta ligera y su descalcez en una sala de clima fresco, produjo en Banegas un efecto más hermoso aun, de cierta vulnerabilidad. Como el efecto – según cuenta Fernando Martín Peña – que quería producir Favio elevando hasta saturar el sonido del estreno de *Sinfonía del Sentimiento* en los discursos de Evita. El texto de Leónidas Lamborghini no es difícil: simplemente es imposible. Poblado de preposiciones, quizás

porque los predicados y las construcciones gramaticales más clásicas habían sido también puestos fuera de quicio por el peronismo salvaje a la vez que tan clarificador de la abanderada de los humildes. Banegas avanzaba como por una carrera con obstáculos que sorteaba sin un furcio: era el negro Bolt ganando los 200 metros, con una claridad arrolladora y explorando con magistral valentía esas frases entrecortadas, las preposiciones terminando y abriendo enunciaciones en forma rizomática, haciendo estallar la gramática, la sintaxis, la lengua misma de Borges y Victoria Ocampo.

Quizás ese tanteo, esa exploración quirúrgica que no deja sana una lengua, era también un modo de ver dónde podía anclarse un discurso político hoy, tras el triunfo – solo táctico y de posición – de la consigna publicitaria light como organizadora de la nación. Banegas recitando a Lamborghini era como un lenguaje que mostraba sus imposibilidades, sus heridas, pero a su vez su novedad permanente: como si mostrando su intensidad estuviera esperando – no sentado, sino en movimiento constante – su oportunidad para poner en el absurdo la *política excluyente* – retomando la expresión de un libro de Américo Cristóbal sobre los viajeros a Punta del Este en los noventa. Es extraño, aunque tiene una cierta lógica: hay que insistir en esa convivencia, en esa “temporalidad plural” diría un marxista italiano – y retomará con una idea parecida en este dossier el texto de Juan Burgos. Porque hay también tiempos y convivencias distintas en un peronismo que, dividido o no, se revitalizó estos meses haciendo casi una “épica de la derrota”, como escribió indignado el sociólogo Vicente Palermo. “Vieja” y “nueva” política no servirán de mucho para pensar la convivencia de estas temporalidades. Las izquierdas y otras constelaciones políticas también orbitan la dificultad.

pobres por qué/ ricos por qué, le hace decir Leónidas a Eva, en la hoguera, y es acaso que el país ha retornado a la dulce y violenta edad de los por qué. **D**

¿QUÉ HAY DE NUEVO VIEJO? NOVEDADES/RESTAURACIONES DEL GOBIERNO DE CAMBIEMOS

¿Qué novedad tiene el macrismo, incluso en su restauración política y comunicacional, respecto de la década kirchnerista? Es una pregunta fundamentalmente por la nueva dimensión que toma la batalla cultural argentina, aunque muchos clamen por su clausura, escondiendo en un supuesto fin de la grieta un nuevo "consenso" impuesto por las elites más poderosas del país y el mundo. Desde los cambios en la política de derechos humanos hasta una nueva estética y lengua de la política.

Reingeniería económica y parasitismo

Ignacio Barbeito*

4
—
Dossier

Hay una forma casi anónima de criminalidad cuyos efectos son difíciles de estimar. El entorno cotidiano se altera de manera tan aterradora y veloz que las personas tienen la sensación de perder el control sobre sus vidas. La conciencia de estar absolutamente expuestos a un cambio brusco de las condiciones habituales de existencia, a perder el trabajo, incluso a enfermar o morir, se agudiza de manera súbita: la situación en la que estamos inmersos parece irreversible y abrumadora, y apenas cabe otra consideración que no sea la de resistir hasta donde se pueda, para evitar el shock de la personalidad psíquica. Pero es posible, además, aprender a sobrevivir y a tomar riesgos en un contexto de vulnerabilidad general. El panorama es el de una lucha por la supervivencia en la que los ganadores, que son pocos, barren con todo. Los perdedores, en cambio, que son multitud, deben acostumbrarse a "vivir como piojos", como escribió Oscar del Barco en 1980, mientras permanecía en el exilio. No es casualidad que en Argentina las decenas de miles de personas despedidas de sus empleos en los últimos cuatro meses hayan sido representadas desde el Estado como parásitos sociales. La del parasitismo social es una ideología bien conocida y hace años que acompaña las operaciones de desmantelamiento de las economías políticas organizadas según el modelo del Estado Benefactor. Sus implicaciones no se circunscriben a una simple operación de estigmatización y exclusión; por el contrario, para quienes conservan su empleo, esta ideología se convierte pronto en una prótesis anímica de producción conductual: cada quien se ve impulsado a comportarse ante los demás exagerando los gestos que denotan la utilidad de su trabajo.

El sostenimiento y la propagación de estas condiciones ambientales hacen que el miedo a convertirse en un excluido llegue a ser el móvil principal de la "gestión de sí mismo". La precarización laboral y el desmantelamiento de

las redes de contención social y promoción de la solidaridad colectiva no pueden atribuirse a la iniciativa de un solo agente (al menos desde Marx nos habituamos a considerar a las usuales figuras de la subjetividad como meras funciones). Pero hay responsables, colaboradores, portadores de funciones, aunque las fuerzas aplicadas sobre el conjunto de la organización social parezcan remitirse una y otra vez al anonimato, a la necesidad irrecusable que impondrían circunstancias excepcionales. Sin dudas, uno de los lugares donde hoy pergeñan y legitiman las decisiones que a escala mundial profundizan estas condiciones es el Foro Económico Mundial de Davos, destino escogido por el titular del Poder Ejecutivo Nacional para publicitar la reinserción del país en el mundo. Hace años que el Foro –irónicamente caracterizado hace ya algún tiempo como una reunión de gatos gordos en la nieve– deja notar ostensiblemente la íntima disociación entre las intenciones que quieren figurar los discursos allí expuestos y las que ponen de manifiesto las prácticas y medidas de quienes los pronuncian.

Argentina ha sido reinsertada en el mundo, no porque estuviese fuera del mundo sino porque la forma en que se ubicaba limitaba la injerencia del criterio del rendimiento del capital corporativo en las decisiones de gobierno. Esta reinserción es un hecho económico resultante de la aplicación eficaz de una sofisticada economía de la violencia que, entre muchas otras tácticas, involucra la persecución política, el blindaje mediático y la expulsión de cientos de miles de ciudadanos al desamparo alimentario, educativo y sanitario. En tanto, el hecho político más destacado que produjo el gobierno nacional en estos últimos meses ha sido la inmensa movilización a los tribunales de Comodoro Py para acompañar y escuchar a Cristina Fernández de Kirchner. En su discurso –ante una manifestación de apoyo que ningún otro líder político del país puede reunir–, y contra el fondo

de la indiferencia social diariamente producida por el dispositivo censor de la gran mayoría de los medios masivos de comunicación, Fernández de Kirchner señaló las historias invisibilizadas de aquellos para los que la vida cotidiana se ha tornado una condena sisífica, en virtud de la gigantesca operación de reengineering aplicada ahora no sobre una empresa sino sobre todas las dependencias del Estado.

A diferencia de otros imaginarios políticos, el peronismo, se sabe, es una teleología de los retornos. Desde el "Volveré y seré millones", pasando por el avión negro, hasta el improvisado "Vamos a volver", la cuestión de dilucidar qué retorna y cómo retorna se diversifica en un espectro amplio de posibilidades. Por ahora no es el peronismo lo que quita el sueño a nadie en Argentina; es más bien una voz, esa voz atronadora que con ira o con fervor nadie puede evitar oír y que se distingue como un rayo en una noche cerrada. Si se pudiera hacer una historia de la patria a partir de las voces que la poblaron, la voz de Cristina Fernández de Kirchner, ¿qué lugar ocuparía?

Días atrás, el poeta Javier Martínez Ramacciotti, escribió: "Me encanta ver mis aún restantes contactos anti-k sacadxs por la aparición de Cristina. Me gusta que el significante preferido sea 'loca! Loca Antígona, loca Evita, locas las madres y las abuelas: qué loco cómo al sentido de la historia lo trazan, insensatamente, las locas. Esperemos que lxs compañerxs kirchneristas agudicen la locura y no se normalicen por arriba. Por un Frente demente del campo popular". La patologización de la diferencia política suele tener como efecto la exclusión o la proscripción. Pero es probable que la movilización a Comodoro Py haya mostrado que la patología política del liberalismo autoritario argentino se instaló en un lugar de irreductible verdad. **D**

*Escritor y docente

El macrismo y la cuestión social

Luis Miguel Baronetto*

Aunque algunos conocidos programas radiales se empeñen en apostar pidiendo paciencia, la realidad choca como la ñata contra el vidrio.

Más que hacer una enumeración de males neoliberales que hasta los argentinos no muy veteranos han padecido, valdría hacer un esfuerzo para encontrar explicaciones que vayan más allá de diagnósticos exculpatorios o predicciones apocalípticas. No será fácil ver bajo las aguas turbias. Pero habría que hacer el intento para evitar mayor sufrimiento a los empobrecidos que la pasarán todavía peor. Cuando un presidente de la Nación dice que “proteger el empleo es alejar las inversiones” está claro el panorama de la pobreza agudizada en los próximos meses. Pero más claro está la apuesta esencial del macrismo: la centralidad del capital, especialmente extranjero que ahora pasa por sobre naciones e incluye a los paraísos fiscales, terrenos que muchos funcionarios actuales conocen muy bien. Los inversores no son caritativos. Ni como limosna dejarán caer una moneda. Es el capital acumulándose a costas de la vida humana. Nada nuevo, pero palpable, violento y criminal. Se ha pretendido justificar el pago a los fondos buitres para recuperar la credibilidad. Hasta la madre patria financiera ha quedado sorprendida de la rapidez con que el macrismo hizo los deberes. Es de buen alumno hacer mérito sin mezquinas especulaciones. Pero es probable que las inversiones vengan, y el endeudamiento crezca a cifras inconmensurables. Nada de eso indica reactivación del aparato productivo ni generación de empleo. El aumento de la pobreza ya medido por las últimas encuestas de la Universidad Católica Argentina se agigantará. Después de varios meses de gestión ya no se podrá culpar al pasado. La quita de beneficios sociales, de subsidios a elementales servicios públicos, los despidos, etc., serán peor padecidos por los más necesitados de la sociedad. Pero también afectará a esa ancha franja de la clase media, donde se suman los trabajadores con mejores salarios. Quizás sientan más los efectos de los cambios. Acostumbrados a un nivel de consumo que se va restringiendo es probable que crezca el reclamo contra el deterioro del poder adquisitivo. Las estructuras asociativas más fuertes, preservadas especialmente en el gremialismo, se verán enfrentadas al desafío de asumir los reclamos no sólo de sus afiliados, sino de los sectores sociales todavía más afectados. Será con los dirigentes al frente, aunque buena parte preferiría esconderse.



No sería beneficioso que el pueblo agotase la paciencia, haciendo “tronar el escarmiento”, como solía repetir Perón. Muchos años de democracia, con sus idas y venidas, han consolidado su valor. Pero no pueden utilizarse sus formalidades para reimplantar la dictadura del mercado. Los políticos amantes de los cargos públicos utilizarán el argumento de la prudencia para no hacer olas. Pero si no se generan canales para encauzar las necesidades serán los responsables del futuro incierto que se les abre tanto a los más pobres como a las clases medias. Esa incertidumbre puede ser criminal porque la represión violenta será feroz. ¡Hay que garantizar la gobernabilidad para no espantar a los inversores! Alerta para los que ocupan la función pública. Porque hacerlo sin ocuparse del pueblo es corrupción. La estafa a la voluntad popular debería prever penas como las otras. La perversa especulación con la memoria corta que bien se usó con la apelación al “cambio”, haciendo olvidar historias parecidas y padecidas no hace mucho tiempo, es riesgosa. Porque “la necesidad tiene cara de hereje”; y ahora los herejes no mueren en la hoguera. Avizorar dificultades para la vida de los empobrecidos y de los sectores que crecieron en calidad social en estos años de democracia, no es para aproximarse al abismo. El viejo aforismo dice que los pueblos no se suicidan, porque contienen el futuro que los anima en la marcha. Pero la apuesta a la esperanza no es en el aire. Se sustenta en los esfuerzos de organización y articulación a partir de lo concreto. “Y en la calle

codo a codo somos mucho más que dos”, poetizó Benedetti. La política no se construye sin amor, que es generosidad. Nadie puede pretender poner su bandera para capitalizar nada, porque la nada es la nada; un cuchillo sin mango y sin hoja, dice el refrán.

Aunque con los años hemos recorrido mucho camino, con avances y tropiezos, aprendimos que sólo pisando la realidad se va haciendo el proyecto de justicia y dignidad para todos, pero empezando por los que están en el subsuelo de la sociedad. Con el terror y con el miedo nos hicieron desaparecer aquellas apuestas hoy adormecidas. Imponiendo el individualismo, ganaron la cabeza y el corazón. “Por algo será... Yo no fui... Me salvo solo”. Queda una dura batalla cultural, que no es primariamente intelectual, sino de sensibilidad. La política no es para los insensibles, o no debería serlo. Si lo es, algo no funciona bien en esta democracia acotada. Pero la nueva realidad de acelerado empobrecimiento hará despertar a todos/as, aún a aquellos que se sintieron hartados de diversa forma.

El macrismo presenta lo viejo como nuevo, aunque no sea calco de lo vivido. Puede todavía ser peor, aunque edulcorado para alguna parte de la sociedad que por un tiempo mantendrá sus expectativas en cambios prometidos. Diferenciarse del demonio neoliberal presentando el rostro desarrollista es pretender esconder el tridente. Sería hasta un retroceso intelectual volver al dilema de países en vías de desarrollo o dependientes. Con tanta deuda acumulada, con tanto capital internacionalizado e informatizado sólo con vendas en los ojos se podrán seguir viendo globos de colores; mientras quedan sepultados en el basural de los descartables los niños hambrientos y los ancianos abandonados. Que la cuestión social se vea agravada no equivale a deducir expectativas de cambios en sentido contrario. Mucho tiempo se malgastó sin organizar desde las necesidades del pueblo. Hacerlo desde las urgencias de los partidos políticos es errar para una imprescindible politización que reinstale a los sectores populares como protagonistas y no como clientes. Otra vez los movimientos sociales articulados, pero preservando su autonomía. Si estas reflexiones al vuelo despiertan el debate, bien. Pero si además, y especialmente, animan al compromiso de transformación como tarea concreta y constante, mejor. **D**

*Ex Secretario de DDHH de la Ciudad de Córdoba.

El gobierno de las tres “D”

Trabajadores de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación,
Delegación Córdoba

“En esta Delegación no está el paraíso fiscal de Avruj: 16 trabajadores despedidos”, reza uno de los carteles que cuelgan de las paredes y puertas de la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación, Delegación Córdoba. Junto a éste, puede leerse también: “No al vaciamiento y cierre de esta Delegación”, “Reincorporación de los compañeros, basta de despidos”, “Sin trabajadores no hay Derechos”. En los últimos cuatro meses, desde que asumió el nuevo gobierno, fueron despedidos a cuentagotas y sin causa alguna más del 60% de la planta de trabajadores de esa dependencia, dejando en la calle y sin sustento a más de una decena de ellos y a sus respectivas familias. Si bien su apertura recién logra concretarse en abril del 2015 muchos de sus integrantes –sin un marco institucional adecuado que facilitara su tarea– venían trabajando en campo desde hace casi una década. Es por ello que, ante la necesidad de federalizar las políticas públicas en materia de derechos humanos, fueron creadas la delegación Córdoba y las de La Plata, Santiago del Estero y Mendoza. Sin embargo, lo que comparten por estos días las delegaciones provinciales no es precisamente el trabajo mancomunado sino más bien la sistemática en una seguidilla de despidos que parece no tener fin: así nomás, de la noche a la mañana y sin ningún tipo de comunicación oficial previa en la que se requiera –al menos– conocer sus funciones y responsabilidades, los trabajadores son echados a la calle como perros (¿o quizás como la “grasa militante” a la que se refirió el Ministro de Finanzas Alfonso Prat Gay?). Los despidos no sólo tienen consecuencias sociales dramáticas para quienes los padecen de forma directa. Lejos de esto, significan fundamentalmente el desmantelamiento de políticas públicas de Estado muy concretas. No es casual que los tan mentados “ñoquis” trabajaran en áreas tan sensibles como la Secretaría de Comercio, Ministerio de Trabajo, de Salud, Educación, Agricultura Familiar, y Justicia, entre tantos otros. Para que se entienda bien, y por plasmarlo en una pequeña muestra local: acotándonos al caso de la Delegación Córdoba, implica darle fin a la voluntad de federalizar las políticas públicas en materia de derechos humanos. Áreas como la de Promoción en materia de salud, educación, deportes; Leyes Reparatorias, que garantizan el derecho a una reparación integral a las víctimas del terrorismo de Estado; Digitalización de la Documentación que se acumula en los Tribunales Federales de nuestra provincia (y de todo el país)

imprescindible para el desarrollo de las causas judiciales por delitos de lesa humanidad aún en curso, se encuentran gravemente afectadas. En síntesis, si quisiéramos hacer una “instantánea” de la actualidad, quizás pudiera resumirse de esta manera: Despidos, Desmantelamiento del Estado, Derechos vulnerados. Le preguntamos, entonces, al gobierno de las tres “D”: ¿Qué clase de continuidad tendrán las políticas públicas en materia de Derechos Humanos?, ¿bajo qué matriz ideológica serán reinterpretados esos derechos fundamentales?, ¿qué políticas impulsará para garantizar su pleno ejercicio en el orden del trabajo, la salud, la educación, la vivienda, y demás?, ¿qué respuestas dará frente a la violencia institucional?, ¿qué tipo de “memoria” y de “verdad” serán promovidas bajo esta gestión?, ¿qué pasará en el orden de la “justicia”? “... Ahora los derechos humanos no son Sueños Compartidos y los ‘curros’ que han inventado. Con nosotros, todos esos curros se acabaron” (La Nación, 8/10/2015). “... Los derechos humanos no pueden ser en términos revanchistas (...) no son de un partido político” (entrevista en Canal América). Macri dicit. Estas breves expresiones –que quizás pudiéramos tomar como respuesta a algunos de nuestros interrogantes– no son elegidos al azar. Tampoco parecen deberse al ¿escaso? vocabulario que suele emplear cuando se dirige a la prensa –o más bien, a “algunos” de los medios de prensa– y a través de ellos, al pueblo argentino. Referirse a la política de Derechos Humanos impulsada por el Estado argentino durante la gestión precedente en términos de “curro”, “revanchismo” y “partido político” es, como mínimo, un gesto torpe que manifiesta ignorancia e irresponsabilidad. De máxima, es un mensaje temerario que indica un retroceso abismal en dicha materia y ¿quizás? la aún no explícita intención de reimpulsar la idea de “reconciliación nacional” que fuera instalada por su par Carlos Saúl Menem, cuando allá por el año 1989 decretaba la tercera de las leyes de impunidad: los indultos a los represores genocidas. ¿Será que el flamante presidente se propone reinstalar la teoría de los dos demonios? ¿volver a hablar de “enfrentamientos” entre “bandos extremistas”? ¿Qué habrá motivado al actual Secretario de Derechos Humanos de la Nación, Claudio Avruj, a reunirse con representantes del Celtyv (Centro de Estudios Legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas)? (organismo que representa a las presuntas “víctimas de la guerrilla” y milita activamente contra la realización de los juicios por delitos de lesa humanidad).

El pasado 24 de marzo, en ocasión de conmemorarse los 40 años del último golpe cívico-militar, frente a la mirada atenta de Mr. President Barack Obama y la de cientos de invitados vip que degustaban una variedad de platos gourmet en el defenestrado Centro Cultural “Kirchner” (donde dicho sea de paso fueron despedidos días antes cientos de trabajadores), Mauricio Macri afirmó impávido: “Digamos Nunca Más a la violencia política en el país”. No dijo Nunca Más al terrorismo de Estado. Ni a la impunidad. Ni a la complicidad civil –eclesiástica, sindical y empresarial– en los delitos de lesa humanidad perpetrados por el Estado argentino. Tampoco dijo Nunca Más a la política intervencionista de los Estados Unidos en territorio suramericano, ni se refirió a su participación activa en el adoctrinamiento de las FFAA locales en la Doctrina de Seguridad Nacional. En la orquestación del Plan Cóndor. En la política de endeudamiento que derivó en décadas de pobreza e indigencia para millones de argentinos. Ni siquiera –si nos ponemos algo quisquillosos con el lenguaje– alcanzó a enumerar las tres históricas banderas de lucha que nos caracterizan como pueblo: “Memoria, Verdad y Justicia”. La última de ellas brilló por su ausencia. ¿Será que éste uno de esos silencios que valen más que mil palabras? Invocar una relectura del pasado reciente contraria a una de las conquistas sociales más dolorosas para el pueblo argentino –el fin de la impunidad en nuestro país– es algo más que alarmante. Quizás –¿olvida?– que la justicia argentina ha ratificado en términos de verdad jurídica la existencia e instrumentalización del Terrorismo de Estado en nuestro país durante la última dictadura cívico-militar y también en tiempos precedentes. Que esta política pública no se agota al interior de las fronteras nacionales: Argentina es uno de los países pioneros en juzgar este tipo de delitos. Que como Estado hemos suscripto y otorgado rango constitucional a Tratados del Derecho Internacional en materia de Derechos Humanos que nos obligan a impartir justicia en este sentido. Para ser claros y no dar lugar a ninguna “laguna” de memoria, queremos recordar al actual presidente y a sus socios que este pueblo jamás se rinde. Y en clave de futuro nos animamos a afirmar: no desistiremos. En la búsqueda de justicia y condena a los represores genocidas y sus cómplices civiles. En la búsqueda de los nietos apropiados. En la lucha por combatir la violencia institucional. Por alcanzar cada día mayor inclusión y justicia social. Porque tenemos memoria... sabemos que la lucha continúa. **D**

El Fútbol como síntoma: recorrido cronológico del FPT

Flavio Lo Presti*

En el 2009, a comienzos de la guerra entre el gobierno y Clarín que tuvo como puntapié inicial la pelea por la resolución 125/08 en 2008 (algo así como el asesinato del archiduque de Sarajevo en la Primera Guerra Mundial) la AFA le pidió a Televisión Satelital Codificada (TSC, o Clarín a secas) 720 millones de pesos por la televisación del fútbol, esgrimiendo como motivo la crisis que enfrentaban los clubes. La empresa se negó a pagarlos, y la consecuencia directa fue el establecimiento de un contrato entre la nación y la AFA para televisar el fútbol de primera y la B Nacional, de manera gratuita, a través de la televisión pública y de las emisoras que quisieran retransmitirlas, con un nombre perfectamente K: Fútbol para todos (aunque faltó el "y todas").

Fue, en un punto, un clic cultural, e instaló una pregunta que nos seguimos haciendo: ¿tiene el Estado que sostener el acceso de los ciudadanos al deporte que más pasiones despierta en el país? ¿No debía destinarse ese dinero a cosas más urgentes? Era una pregunta que la oposición se hacía con aspavientos en las tribunas de los medios contrarios al gobierno K.

La controversia

La administración de las imágenes del fútbol por parte de TSC había sido cruel: durante su imperio los goles no podían mostrarse antes de que se pasaran en Fútbol de Primera el domingo a la noche, y algunas señales del cable común pasaban las tribunas de los partidos que se televisaban codificados en TyC MAX en una especie de suplicio de Tántalo futbolístico. Cuando este régimen ligeramente sádico terminó, la presidenta de la nación Cristina Fernández cometió uno de esos pequeños exabruptos que inflaban el pecho de amor a la gente que habita el lado K de la vida y hacían rabiar de veneno a los detractores: nos habían secuestrado los goles. Parece una exageración considerando las resonancias que esas palabras tienen en nuestro país, pero no hay que olvidar que Víctor Hugo Morales sufrió un proceso (y fue condenado) por emitir en los televisores que estaban a sus espaldas de un matutino televisivo las imágenes de la final intercontinental de 2000 entre Boca y Real Madrid. Además, la frase de Cristina parece menos impertinente (desde el punto de vista de la expresidenta) si se considera la convicción con la que el kirchnerismo sostuvo la complicidad de Clarín con la última dictadura cívico militar y la idea de que la compra de Papel Prensa había sido ilegítima.



Por otra parte, en el marco de la controversia que generó transformar un negocio en un servicio público y contra la ola de quejas de sectores que no es difícil relacionar con los perjudicados por la rescisión del contrato en 2009, Info News publicó en 2012 un cálculo según el cual las funciones del Teatro Colón le costaban a la Ciudad de Buenos Aires 949 pesos por espectador, mientras el FPT costaba 4 pesos, siempre de acuerdo a las mediciones de rating. ¿Vale más, culturalmente, lo que se presenta en el teatro Colón que el fútbol?

Quizás la controversia más grande ha sido motivada por la propaganda oficial. Desde sectores contrarios al kirchnerismo se hizo del FPT un chivo expiatorio de la culpa K señalando que se usaban recursos del Estado como medio de propaganda partidaria, porque en los entretiempos no solo se veían esas acciones de gobierno (propaganda de los programas Conectar Igualdad, del lanzamiento de Arsat 1, etc.) no publicitadas por los medios que cuasi monopolizan el encendido, sino también invectivas contra políticos de la oposición (Mauricio Macri, José Manuel de la Sota) y empresas con las que se sostenía la guerra ideológica metafórica con la imagen de la grieta.

El cambio

Bien, todo cambió. Con el cambio de administración nacional, el FPT dejó, en primer lugar, de tener propaganda oficial: hemos cambiado la "libertad" ideológica de los entretiempos por los despidos, el aumento de las tarifas y un acuerdo dudoso

con las aves carroñeras del sistema financiero global. Al frente de los restos del Fútbol Para Todos se puso al empresario Fernando Marín, exgerenciador de la quiebra de Racing Club de Avellaneda. Marín llegó para realizar el plan de acción por excelencia de Cambiemos: normalizar. ¿En qué consistió la normalización? En primer lugar, en darle a los canales privados más poderosos, por muy poca plata, los partidos de los equipos más grandes: Boca, River, Independiente y Racing son ahora televisados por El Trece y Telefé. Por la exclusividad de treinta partidos a lo largo de las quince fechas del torneo, esos canales pagaron 180 millones de los 1900 millones que el Estado desembolsó en AFA. TyC sports, por su parte, recuperó la televisación de la B Nacional.

Durante los últimos años hemos escuchado relatores militantes. Ahora volvió el paradigma del periodista deportivo de los noventa: el avivado que se colocó en un trabajo soñado y que nos recuerda segundo a segundo a qué restaurante inaccesible va a ir a comer esa misma noche, quién le fabrica las corbatas y los zapatos. Cada tanto nos convidan con la picada de una conocida marca de fiambres cuyo precio la vuelve imposible para el público en general. De todos modos, casi no importa: ya hay menos posibilidades de ver el fútbol. Hoy, los espectadores dependen del streaming online en varios de los partidos de la fecha, porque (para dar un ejemplo) en la Argentina televisivamente federal de Cambiemos no siempre se puede ver a los equipos rosarinos en Córdoba.

Pero además, y en lo que hace estrictamente al programa y a sus empleados, Elio Rossi (el periodista de los tiradores) denunció en su blog que había sido sancionado por su solidaridad pública con los despedidos de FPT y por un comentario que apuntaba a un complot para favorecer a San Lorenzo en la zona 1 del torneo de transición. Rossi, además, citó una supuesta conversación con Marín en la que el CEO del nuevo FPT le señalaba las razones de los cuatro despidos del programa: Mariano Hamilton hablaba de Política, Javier Vicente era desagradable por criticar a Macri, Adrián di Biasi era feo, Luis Lugo por razones indefinidas. El FPT parece así una maqueta de lo que Cambiemos hizo a nivel general desde que dirige los destinos de la Nación: transferencia de recursos al poder concentrado, despolitización, persecución ideológica y, finalmente, despidos. **D**

*Escritor.

El derecho a la comunicación en terapia intensiva

La intervención y posterior disolución por parte del gobierno nacional de los organismos que regulaban los medios audiovisuales y las telecomunicaciones, significa un gravísimo retroceso en la construcción de un sistema que garantice el derecho a la comunicación, la pluralidad y la diversidad cultural.

Camilo Ratti*

“Queremos un sistema de medios competitivo, Argentina necesita modernizar sus comunicaciones y por eso vamos a la convergencia tecnológica” dijo sin sonrojarse el ministro de Comunicaciones Oscar Aguad al anunciar la intervención de la Autoridad Federal de Servicios de Comunicación Audiovisual (Afsca) y la Autoridad Federal de Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (Afstic). A menos de dos semanas de asumir, quien fuera abogado de Clarín en los años 90 dejaba en claro que llegaba al gobierno de Macri con un claro –y no sé si único– objetivo: garantizar que sus anteriores patrones sean aún más grandes y poderosos que ahora.

La tercera decisión presidencial después de la megadevaluación y eliminación de retenciones a la exportación de granos que provocaron una estampida de precios y miles de millones de dólares fugados a paraísos fiscales (ahí están los Panamá Papers para confirmarlo por si algún despistado aún no se dio cuenta), no fue menos simpática que las anteriores: intervenir los dos organismos que regulaban los medios y las telecomunicaciones para fusionarlos en el Ente Nacional de Comunicación (Enacom), que liquidó de un plumazo la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (LSCA) y con ella el derecho a la comunicación de millones y millones de argentinos, los mismos que durante 25 años se pasaron discutiendo una ley, recorrieron el país de una punta a la otra, hicieron cientos de foros y consensuaron con comunicadores, académicos, sindicatos y pymes del sector comercial y cooperativo políticas que permitieran democratizar las comunicaciones, una de las deudas más apremiantes que sigue teniendo la democracia del país más austral de América del Sur.

Esos límites tangibles, reales a la concentración mediática, como fueron la Ley 26.522, promulgada por amplia mayoría en el Congreso Nacional en octubre de 2009, el fallo de la Corte Suprema de Justicia de la Nación que la declaró constitucional del primero hasta el último de sus artículos en 2013, y el plan de adecuación que Afsca implementó para todos los grupos excedidos en la cantidad de licencias permitidas por ley, fueron engranajes esenciales para que las empresas de medios –y básicamente Clarín–, dejaran de controlar la producción y distribución del discurso, la cultura y la información, y en la Argentina pudieran surgir nuevas voces que empezaron a alimentarse de las experiencias, trayectorias y saberes de las organizaciones sociales, las cooperativas y el sector público, con

las universidades nacionales como mascarón de proa.

Pero tan grande era la deuda de Macri con Clarín, que Aguad, el Ministro de Comunicaciones que descubrió Internet veinte años después que el resto de los mortales –¡y que fue capaz de anunciarlo por las redes sociales!, explicó el 23 de diciembre de 2015 los alcances del DNU 267, que intervino Afsca y Afstic con el objetivo urgente de frenar la adecuación de oficio de Clarín que vencía el 15 de enero pasado, luego de que la enésima cautelar de una justicia cómplice y miserable lo salvara de cumplir con las leyes votadas en el Congreso, las resoluciones de Afsca, el espíritu de la Constitución y los fallos de la Corte Suprema.

A través de ese Decreto que los diputados de Cambiemos, el Frente Renovador, y los peronistas de Diego Bossio y Adolfo Rodríguez Saa ratificaron con sus votos a mano alzada, sin identificarse, el pasado 6 de abril en la Cámara Baja, el Enacom pasó a ser un organismo de control que deja de ser autárquico, con representación de diferentes sectores como era Afsca, para depender del Poder Ejecutivo, quien puede remover en forma directa y sin expresión de causa a sus miembros. Además, con la LSCA las licencias eran intransferibles –salvo para los casos de adecuación–, y ahora el servicio de TV por cable se considera de telecomunicación, permitiendo a las operadoras tener más de 24 licencias o controlar más del 35% de los abonados de una región o del país, tal como limitaba la LSCA para evitar la concentración y garantizar pluralidad y diversidad. Tampoco ahora tienen obligación de emitir una señal propia, ni de pasar las señales locales de TV, ni de respetar el orden de la grilla de señales, que obligaban a los cableros a incluir las señales producidas por otros. A su vez, las telefónicas podrán brindar TV por cable, algo que originalmente estaba excluido de la LSCA por tratarse de un servicio público, aunque podrán hacerlo a partir del 1 de enero de 2018, plazo que el Enacom puede extender un año más, beneficiando básicamente a Clarín, que controla el mercado del cable en forma monopólica y tiene tres años para fortalecer esa posición dominante. También, a diferencia de la Ley 26522, que determinaba un máximo de 10 licencias de televisión abierta o radio, el Enacom permite 15, y elimina el tope de cobertura del 35% de los habitantes. Otro de los “grandes aportes” de Aguad y compañía a los medios sin fines de lucro fue el desmantelamiento de la Dirección de Proyectos Especiales de Afsca, que durante tres años implementó el Fomeca,

un fondo que destinaba el 10% de lo recaudado por el organismo al financiamiento de proyectos audiovisuales de medios comunitarios y Pueblos Originarios, que en Córdoba entregó 15 millones pesos a proyectos de radio y TV comunitaria y a nivel nacional 175, aunque una parte de los últimos desembolsos no se efectivizaron por decisión del Enacom.

En definitiva, la LSCA se sancionó para construir un mapa audiovisual que garantizara el pluralismo, la diversidad y el federalismo, condiciones fundamentales para cimentar un sistema democrático que se choche de narices con las corporaciones mediáticas, aparatos monstruosos y tentaculares que en lugar de ofrecer información confiable y veraz para que la ciudadanía tome las decisiones que impactan en su vida cotidiana (políticas, económicas, culturales), en la práctica funcionan como efectivos “instrumentos de control de la opinión pública en beneficio del poder económico del cual forman parte”, como dice Chomsky, que algo sabe de medios y poder. Y que en el caso de América Latina operan como grupos de choque y desestabilización de gobiernos democráticos y populares, resortes junto al poder judicial de los sectores más conservadores que ya no necesitan tanques ni grupos de tareas que secuestren militantes, sino un poder de fuego mediático que construya un sentido común adverso inclusive a los propios intereses de las grandes mayorías, para materializar los “golpes blandos” o erosionar la legitimidad de los gobiernos democráticos.

Como expresión de esos intereses, Macri, además de garantizar la injusta rentabilidad a los sectores más concentrados y poderosos de la economía (bancos y exportadores de granos) a trece días de asumir pagó la cuenta, en un solo pago y con intereses usureros (para deleite de su amigo Paul Singer, a quien acaba de congraciarse con la cancelación en efectivo de una deuda inmoral y ruinosa para la soberanía económica que pagarán las próximas tres generaciones de argentinos) a quien transpiró la camiseta como ninguno para que Mauricio llegase a donde jamás imaginó: Héctor Magnetto, ese hombrecillo oscuro y siniestro que construyó un imperio mediático a partir de la estafa de Papel Prensa consumada con el dictador Videla en 1976, y que hoy aprovecha las mieles de un gobierno que necesita del blindaje mediático para llegar al final del túnel, con la libertad de expresión y el derecho a la comunicación de los argentinos como moneda de cambio. **D**

*Periodista

El periodismo son los medios

Soledad Soler*

No fue pura casualidad. Los telegramas de despido empezaron a llegar a los trabajadores de prensa mientras el Jefe de Gabinete, Marcos Peña anunciaba por cadena nacional “el fin de la guerra del Estado contra el periodismo”, de la mano del DNU 267/2015 que modificó la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual 26.522 y la Ley 27.078.

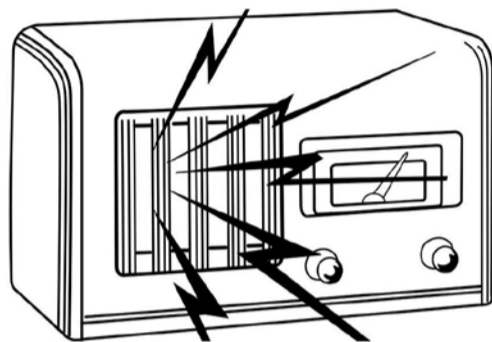
Los efectos del golpe de timón aplicado a las políticas de comunicación en la gestión macrista se manifestaron de inmediato. Medios gráficos cerrando sus puertas y dejando en la calle a decenas de trabajadores de la comunicación. Periodistas de enorme trayectoria, identificados con el kirchnerismo, cuyos contratos no se renovaron. Programas de TV exitosos que se levantaron, mientras presuntos periodistas de investigación volaban en primera clase y sin escalas a Miami, para regresar reciclados y oliendo a perfume comprado en el free shop (tax free, of course).

Medios comunitarios y cooperativos, trabajadores despedidos o en situación de absoluta precariedad, saliendo otra vez juntos a las plazas, a defender la comunicación como derecho humano innegociable y a rechazar la avanzada legal del monopolio. Como en un *déjà vu* del esquema que logró transformarse en virtud de varias décadas de militancia, la legalidad volvió a presentarse como amiga del mercado manejado por grandes capitales concentrados, que no reservan sus intereses únicamente a sus empresas de medios. Los medios –sus medios– responden más bien a una estructura amplia en la que se ponen en juego no solamente sus negocios televisivos o radiales, sino que se proyectan en los mercados deportivos y de bienes culturales en general. Pensemos en el caso de Fútbol para Todos o en la exclusión del canal de noticias Telesur de la grilla de la Televisión Digital Abierta (TDA), hoy en *stand by*, vaciada de recursos para generar nuevos contenidos.

Mentira la verdad

“El periodismo son los medios”. Primera falacia en el relato macrista. Los periodistas no siempre se identifican con la línea editorial del medio en el que trabajan, ni con la ideología del patrón que les paga el sueldo. Tampoco existe una categoría absoluta que contenga las distintas expresiones que hacen al ejercicio de la práctica periodística. El periodismo, como todo abstracto, desideologizado e inmaterial, no existe.

La “intervención del Estado” en el mercado de la comunicación es una “guerra”. Segunda falacia. La distribución del espectro radioeléctrico, su consideración como servicio público, la todavía pendiente regulación del negocio del papel prensa, la importancia de establecer porcentajes de producción audiovisual local y la distribución de pauta oficial tienen incidencia en la construcción de identidades, en el respeto por la



libertad de expresión y también en la generación de empleo.

Cientos de puestos de trabajo del sector de la comunicación se perdieron desde diciembre de 2015 hasta hoy. El caso más emblemático fue quizás el del vaciamiento del Grupo Veintitrés, propiedad de los empresarios Sergio Szpolski y Matías Garfunkel, que puso en peligro 800 puestos de trabajo tras decidir discontinuar la salida del diario *Tiempo Argentino* (cuyos trabajadores se organizaron finalmente como cooperativa) y venderlo más tarde al Grupo Indalo, propiedad del empresario Cristóbal López. Aduciendo falta de recursos hasta entonces provenientes de la pauta oficial, Szpolski también decidió paralizar las ediciones locales del matutino gratuito *El Argentino* y despedir periodistas en Radio Splendid y América. Este mes se sumó al listado el cierre del portal de noticias Infonews.

El despídómetro alcanzó además a Canal 9, Canal 26, BAE (Grupo Crónica), entre otros; y a los medios públicos Infojus Noticias, Radio Nacional y Canal 7, que sumaron así sus telegramas de despido al extenso listado de trabajadores del sector privado que fueron cesanteados en los últimos meses en todo el país. El impacto de la progresiva concentración del mapa de medios sobre el mercado laboral, con ausencia del Estado, pone en marcha dos mecanismos conexos. Por un lado, la unificación de la línea editorial en función de intereses estrictamente mercantiles; y, en paralelo, la cartelización laboral, que implica la eventual práctica de una autocensura periodística, con el objetivo de preservar la fuente de trabajo y garantizarse la permanencia en los medios del grupo monopolístico.

Las consecuencias resultan predecibles: refuerzo del discurso único, restricción al ejercicio del derecho a la comunicación y varios pasos atrás en la democratización del mapa de medios.

Geografías de la concentración

Queda claro entonces que cuando hablamos del derecho a la comunicación, también hablamos, necesariamente, de la distribución y la propiedad de los medios. Desde la economía política (Ecopol) de la comunicación es posible identificar tres tipos de concentración

en el sector cultural: horizontal (expansión monomedia), integral (expansión vertical) y diagonal (conglomerado), cuando trasciende el sector de la comunicación. A estas categorías se le suma la de “convergencia”, que involucra al sector audiovisual, pero también a las telecomunicaciones y a internet.

La composición del mercado de la infocomunicación es analizable en escala en toda la región. De hecho, los grupos empresarios se repiten o exhiben vínculos directos entre sí. Sus negocios son transversales y las estrategias mediáticas destinadas a la protección de sus intereses responden a la complejidad de sus planes de expansión en América Latina. Las asimetrías que genera este esquema se traducen al mismo tiempo en barreras para el pluralismo, la diversidad informativa y el ejercicio de los derechos comunicacionales y culturales consagrados en el derecho internacional.

Reubicarse en el mapa

No resulta extraño pensar entonces que sin la presencia del Estado, el mapa de medios se dirige hacia un escenario de libre mercado y concentración de las comunicaciones, en el que los efectos de la convergencia tecnológica van en contra de la ciudadanía comunicativa y del empleo en el sector.

En el marco del anuncio de las modificaciones a la LSCA y a la ley Argentina Digital, Marcos Peña dijo: “Se van a sacar cepos a la industria para que se pueda modificar y mejorar la necesidad de inversiones, para que pueda estar más claro el marco normativo y que haya un contexto de competencia que tiene que haber en el sector”. En criollo, esto se tradujo en un paquete de nuevas regulaciones aplicadas sin debate en el Congreso, que liberaron el camino a las fusiones de empresas y dejaron fuera de norma, nada más y nada menos, que al servicio de TV por cable, hoy fundamentalmente en manos de Clarín, y con llegada a 8 millones de hogares en Argentina. Su desregulación implica hacer la vista gorda al proceso de concentración y de expansión territorial del monopolio, que cubre el servicio de TV en zonas y poblados a los que no llega la transmisión por aire, ni –ahora mucho menos– la digital.

Es por eso que entre los nuevos 21 puntos que planteó la Coalición por una Comunicación Democrática para reabrir el debate sobre el mapa de medios en Argentina, la alusión a la propiedad diversificada resulta fundamental para evitar un nuevo blindaje mediático local y regional basado exclusivamente en los mecanismos y en la ideología de libre mercado y en la lógica de consumo que –como ha quedado demostrado en nuestra historia reciente– no se lleva nada bien con el ejercicio pleno del derecho a la comunicación. **D**

*Periodista. Estudiante de la Maestría en Comunicación y Cultura Contemporánea (CEA-UNC).

Crónica de una visita a Jujuy

La cronista relata un viaje que comienza en el Terciario de la Tupac, continúa en El Comedero, donde está el barrio de la Tupac Amaru, y termina en una visita a Milagro Sala, en la cárcel, comiendo milanesas con fideos.

Ludmila da Silva Catela*

Las cuestiones de la política no son siempre traducibles en términos de afectos. Los afectos sí son cuestiones de la política.

Un viaje puede resumir años de lecturas sociológicas y desarmar muchas de las miradas que construimos sobre la política, sus cambios y las acciones que hombres y mujeres imprimen para modificar sus mundos.

En marzo viajé a Jujuy invitada a una charla por el 40 aniversario del golpe. Hacía más de diez años que no iba a esa provincia. Lugar y territorio que conocí haciendo antropología sobre las memorias locales y la represión durante los años setenta, en el ingenio azucarero Ledesma y en un pequeño poblado llamado Tumbaya. Volver a Jujuy, en este nuevo contexto político, era un desafío, pero también un compromiso de reciprocidad.

La charla sobre los cuarenta años del golpe se realizaría en el Terciario de la Tupac. Yo, debo ser sincera, no sabía de qué se trataba ese espacio. Me sorprendí cuando caminando por la cuadra de la sede de ATE-Jujuy (donde nació la Tupac Amaru como organización política) me encontré con tres edificios: el Terciario, el Centro Cultural y un Centro de Salud. Estas construcciones habían modificado notablemente la lógica urbana. Esa cuadra, en el corazón de San Salvador de Jujuy, se había transformado en un territorio conquistado con espacios de cultura, educación y salud. Y estaban ahí (y están) para quien los quiera ver, disfrutar, usar, conocer.

El segundo día en Jujuy conocí el barrio de la Tupac en Alto Comedero. Esta visita, un acto con sentido político, se convirtió en un profundo sentimiento de asombro y desolación a la vez. Un barrio enorme, con centros de salud, escuelas, cooperativas, espacios de diversión. Un lugar de interperie por años, ahora poblado de espacio público. Justo allí donde los sucesivos gobiernos impulsaron el vacío como forma de hacer política, ahora relucen instituciones austeras e impecables, llenas de vida y actividades. Espacios que por donde uno los mire no dejan de asombrar. Sin embargo, producen una profunda incertidumbre sobre su futuro y permanencia. Durante la visita entramos a la cooperativa de textiles. El piso brillaba, las máquinas de coser comandadas por mujeres, producían uniformes y ropa. Una de las encargadas nos saludó amablemente, y nos contó sobre el proceso de producción de la cooperativa, la venta de guardapolvos, el trabajo que llevaban adelante. Cuando nos íbamos, con un dejo de tristeza, nos dijo que ella iba a seguir ahí, resistiendo, porque amaba ese lugar. Esa frase, dicha al pasar traducía un claro sentimiento de pertenencia, construido por el trabajo y la inclusión.

El intenso recorrido terminó con la visita a Milagro Sala en la cárcel. Este fue un acto de solidaridad del cual no quiero buscar explicaciones ni que me las pidan. Hicimos la fila junto a mujeres que iban a visitar a sus familiares



presos y a familiares que iban a visitar a Milagro. Primero nos revisaron minuciosamente la comida que llevábamos. A seguir el ritual indicaba el control corporal. Nuestros cuerpos (“investigadoras de Conicet”), a diferencia de los cuerpos de las otras mujeres, no fueron tocados ni requisados. Las jerarquías y ambigüedades de la violencia simbólica se expresan en las pequeñas acciones y se ejecutan en cada práctica. Una vez adentro de la cárcel, llegamos al pabellón de las mujeres. Dos rejas fueron abiertas y entramos a un enorme patio. Debajo de grandes árboles nos sentamos en una larga mesa junto a toda la familia de Milagro y compartimos milanesas y fideos. Allí volví a ver a una mujer que había conocido quince años atrás en una marcha del Apagón de Ledesma, mientras ella encabezaba una gran columna de la Tupac. Entre esa marcha y esta cárcel había una distancia enorme. Pero esa mujer, Milagro Sala, era la misma, una guerrera.

Estar en Jujuy, visitar el barrio, las cooperativas, ir a la charla en La Terciaria, entrar a la cárcel a ver a Milagro Sala, fue una experiencia intensa e insoportable a la vez. Intensa desde el punto de vista emocional, ya que frente a estas situaciones complejas de la vida política, los sentimientos producen bronca e incapacidad frente a la desolación de no saber qué hacer con toda esa realidad. Insoportable por sentir que todo lo que se genera colectivamente puede ser destruido de un día para el otro en nombre del “bien común” y vaya paradoja, sin pensar un solo minuto en las centenas de personas que viven, sufren, comparten, discuten y están involucradas intentando sobrevivir en un mundo que las excluye.

Jujuy es una provincia donde las complejidades de la política están atadas a las largas luchas indígenas y campesinas, invisibilizadas y negadas, junto a la política que se tramita desde el nombre y el apellido de grandes empresarios o políticos de turno.

No quiero, ni puedo, hacer un juicio moral sobre la trayectoria de Milagro Sala. Lo que me interesa es poder comprender su lugar en el campo

político jujeño. Y comprender, desde el punto de vista etnográfico, no significa justificar ni juzgar. Milagro Sala es mujer, pertenece a ese mundo que hoy denominamos pueblos originarios y pertenece no por moda o por ser políticamente correcta, sino por su herencia y sobre todo por adscripción y decisión política. Tuvo una dura infancia, en una provincia donde ser pobre es pertenecer al mundo de la caridad de los ricos o de los golpes y la humillación de las clases dominantes. Nada nuevo para ese contexto de larga tradición de violencia sobre el cuerpo de los trabajadores (como la que sufrieron los trabajadores de los ingenios de los señores del azúcar o en los socavones de las minas). No hay diferencia en ese territorio de “dueños” en sentido literal y metafórico del término entre el pasado y el presente. Se van metamorfoseando, pero la estructura de poder no cambia. Milagro Sala representa, en su figura, la otra parte del mundo jujeño. Un mundo al que el Estado argentino ha negado toda posibilidad de identidad, mientras que opuestamente contribuyó a que esa dominación se reproduzca en los ingenios y minas, aportando con su brazo armado de las fuerzas represivas. Un mundo al que la nación argentina quiso “civilizar” matándolos en el pasado y al que la “buena sociedad” actual quisiera exterminar simbólicamente. Un mundo donde la respuesta más conocida, desde el Estado ha sido el sometimiento y la indiferencia. Negando su existencia, borrando su identidad, sometiéndolo al trabajo inhumano o simplemente dejándolos librados al azar de las élites locales. Por primera vez los invisibilizados, los rechazados, los segregados y aunque suene raro a los oídos, los indios, colonizaron parte de la ciudad de Jujuy con un barrio, monumentos propios, pileta de natación y plazas para tomar mate. Y ahí, en pleno centro de San Salvador con una Terciaria, un Museo y negocios para comercializar la producción de las cooperativas. Y esa presencia real y simbólica de ese “otro” molesta. No están caminando mimetizados como “ciudadanos”, categoría cómoda para enarbolar la igualdad que quiso imponer el proceso civilizatorio pensado por Sarmiento y ejecutado por Roca. Sino como ellos quieren ser: indios, mujeres, rebeldes, combativos. Y eso molesta y molestará. Y esa molestia, que antes era la humillación frente al Estado, hoy es una acción política que dejará una marca, la material con los edificios construidos en el centro y en la periferia de Jujuy y la ideológica con ese “otro” ocupando territorialmente lo que no debía ser invadido. Puede que de todo esto sólo quede una huella simbólica, pero algo cambió en Jujuy. Y la Tupac Amaru no será sólo una imagen refractada en un vidrio, sino más bien un calidoscopio que a cada giro podrá construir nuevos sentidos sobre la política y sus destinos. **D**

*Docente e investigador de la UNC.

La Extraña Dama

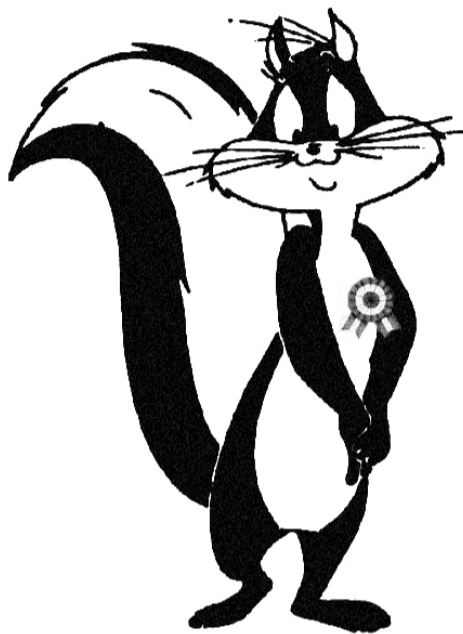
Juan Manuel Burgos*

Cualquier gay fanático de la alta costura o marica neófito que haya visto a Meryl Streep en *El Diablo Viste Prada* sabe que la pregunta que nos convoca es la pregunta por la moda: ¿*Qué hay de nuevo-viejo*? Por eso al principio esta nota iba a llamarse *Moda y Pueblo*; también me hubiese gustado ser más creativa y hacer algo con la palabra *tendencia*. No se pudo, le debo más a la Lynch que a Fito. *Deodoro* me pidió que escriba un poco sobre las cuestiones de género, que al parecer manejo, la figura de la primera dama en estos meses del nuevo gobierno y otras feminidades en escena: en suma, un racconto del encuentro política/farándula de los últimos días. Tampoco sé si puedo, pero necesito el trabajo.

Rezan los heteros de derecha para que vuelvan los noventa y los de izquierda corean que la historia se repite primero como tragedia y luego como parodia. Las locas tenemos otra idea sobre los noventas, sobre la tragedia, sobre la parodia. Otras temporalidades.

No hace mucho estábamos sentadas costurando unos fanzines con una amiga ciega, una travesti y otra sidótica cuando Cristina, en su advocación de maldita lisiada, apareció de blanco, con transparencias y perlas, junto a un portarretratos con la foto de Néstor, en una silla de ruedas con una bota ortopédica exageradísima que tuvimos que describirle a la que no veía –porque la forma es, antes que nada, contenido–. Nos anunciaba la disolución de la SIDE y la creación de una nueva agencia de seguridad a la que llamaría, si no entendimos mal, Ariadna. ¿Era cierto, era mentira, era una puesta? ¿Importaba? “No me van a hacer mover un centímetro”, decía sobre ruedas mientras con un guiño nos prometía acabar con esa seguridad estatal que para nosotras siempre fue el terror. Como cualquier marica, y por haber estudiado artes y leído a Butler, sé que la parodia viene primero –como los bocetos que son la primera copia–; después, ahora, la tragedia. Escuchamos con las mismas amigas a Gabriela Michetti, quien no está capacitada para llevar con glamour su prótesis, distinguir entre pobres drogadictos y ricos con excesos, entre pobres y normales, celebrar en el día de la mujer la complementariedad y la jerarquización de los sexos, declarar que los jóvenes no son actores políticos y su protesta merece un límite, explicarnos que no tiene nada en contra del matrimonio gay sino con que los gays procreen, and so on, and so on. La diversidad funcional es así: diversa.

La diversidad de maricas también: los últimos homosexuales, los gays de libre mercado, los putos peronistas, los varoncitos antipatriarcado, las locas del fin del mundo. No sé qué se supone que deba decir ahora: ¿que producen vidas más vivibles las madres sobreprotectoras e hipersexualizadas con padres ausentes que la familia heteroperfecta cuya mujer se entrega



a la crianza trilingüe de su hija, no opina de política y viste elegante mientras esconden en el sótano a los hijos extramatrimoniales? ¿Que mejor el divorcio, las odaliscas pagas y Elektrita Menem como primera dama? ¿Que releamos la *Teoría KinKon* de Despentés imaginando que un gorila nos toca a la jefa? ¿Que el baile del vogue surgió de travas negras y latinas que parodiaban a las mujeres blancas, y que luego una de esas mismas mujeres blancas llamada Madonna lo volvió trágicamente asimilable y comercializable entre los varones gays blancos y su entorno friendly dominante de los 90? ¿Que el Vogue de Cristina en el centro cultural Kirchner no tiene nada que ver con La Aguada marcando la tendencia argenteo-europea para la revista Vogue española? ¿Que ser coqueta está mal o bien, o quién sabe? ¿Que, como dice mi amiga La Sergio, Juliana sea retribuida por su trabajo reproductivo como coach emocional y que tenga los aportes al día y se cumplan sus derechos laborales, como a otras trabajadoras sexuales no les pasa? ¿Que ojalá las niñas coyas vestidas de guardapolvo que escucharon a Michelle Obama decirles que debían esforzarse para acceder a las universidades y construir el liderazgo femenino que falta en América latina, que esas niñas, por dios, no sean las mismas esclavas de un taller clandestino, montadas de estudiantes con sus propias producciones? ¿Que si le vamos a dar bola a una negra en plan retro que sea a Anamá Ferreyra? ¿Que nos liberen a Milagro Salas como nos liberaron a Moria? ¿Que ojalá Milagro pueda transitar la cárcel con tanto estoicismo como Mo? Que al pibe acorralado, que a ese no nos lo maten.

Al fin y al cabo, la primera dama “no es un cargo electo ni nombrado, no tiene funciones

ni responsabilidades asignadas ni autoridad sobre otras personas ni devenga un salario u otra compensación”; qué sentido criticarla. Propongo redireccionar nuestro empeño hacia una nueva-vieja figura, en un tropo discursivo más habilitante, más camp, anterior a los 90, del 89. El tropo de una juventud que murió recién nacida: *La Extraña Dama*. Llena de recuerdos y resignación /me aferré al destino / sin descansar, hasta encontrar/ la herencia que dejaste en mi camino /despierta soledad, envuélveme /soy esa extraña dama/ que está dispuesta a vencer.

* * *

Domingo pasada la medianoche, Sucre y Colón, en el Beep Pub (histórico antro cordobés de putos, tortas, travas y heteros de cotillón). Dos transformistas están haciendo un show de esos políticamente incorrectísimos donde, playback de Valeria Lynch mediante, se ofende a todo cuanto se puede: negros, pobres, chetos, locas, chongos, pasivas, activas, tortas, yonkies, yankees, bolivianos, gordos, putas, discos y travas. Allí donde el INADI no tiene, ni debería tener nunca, jurisdicción alguna –parias todas– nos encontramos. Chiste va, chiste viene en medio de un concurso malogrado sobre quién finge el mejor orgasmo a cambio de una cerveza, alguien del público denuncia la injusticia (de siempre) que se está cometiendo. Ni lenta ni perezosa y bastante irritada, una de las que conduce le exige al que vocifera que pague de su bolsillo el premio a quien considere el mejor candidato y se deje de joder. El sujeto en cuestión extiende de su billetera un Evita solidario, porque la pa(t)ria es el otro. Y otras todas.

Bien aprendidos los cordobeses de De La Rúa, al igual que en la ley antidiscriminación vigente desde el 88: el daño se resarce pagando. Igual, se sabe, no hay dinero que alcance y el show must go on, pero cierta tensión que una de las que conducía intentó remontar sola ya se había instalado. En broma y muy en serio frente a la mala cara de su compañera, la que le ponía pilas llamó a la irritada “macrista” y ésta última ofendidísima devolvió el chiste diciéndole “choriplanera”. Muy asumida la choriplanera monologó sobre todos los planes y asignaciones que cobra por sus cincuenta hijos con síndrome de down. Nos reímos, pero ya no como antes. Incapaz de sostener la actuación del género, la macrista aclaró que a ella no le daba de comer ni un gobierno ni el otro, que ella vivía de su trabajo y que no iba al trabajo de nadie a arruinárselo. Too late, precariedad laboral para todas y todes. Según la mente hetera volvieron los '90, pero las locas sabemos, *fachas onac&pop*, que esto micicla, es otra cosa: Esto es porno y recién comienza. **D**

*Escritor

Me casé con un boludo, mejor me voy a Francia

El último tanque nacional de Taratuto rompe récords de público en las salas. Es un fenómeno en relación a las mediciones de audiencia, y en tanto fenómeno, bien podemos mirarlo desde una perspectiva crítica que lo aborde en el contexto de una realidad política particular.

Matías Lapezzata*

Hay películas que se vuelven un signo de los tiempos, a conciencia o sin ella, y con menor o mayor relevancia según los casos. Las argucias de la razón, la sobreinterpretación y las lecturas propias de una coyuntura política que impulsa ángulos precisos de lectura, siempre están a la orden del día para producir textos que desborden de excesos y alucinaciones varias. Pero también, y viendo las películas de fuera hacia dentro por decirlo de alguna manera, existen las condiciones materiales de producción de un filme, que terminan por definir hacia dentro su existencia como objeto del arte y de la industria, y de posicionarlo en relación a un contexto social, económico y político.

En el año 1999, Adrián Caetano de manera independiente estrenaba *Francia*. Protagonizada por Natalia Oreiro en un papel sorprendente para su habitual incursión por el mundo actoral, *Francia*, en una escala mínima y secreta quizás siendo que se exhibió en proporción directa a sus mínimas condiciones de producción, lograba articular una visión crítica de la Argentina del momento a partir de una visión cinematográfica singular y accesible. En los días de su estreno, Caetano hablaba de esta película como su proyecto más personal. La historia contaba el transcurrir de una familia cuyos vínculos y relaciones se estructuraban a partir de la mirada y los conflictos de Mariana, una niña, en una realidad social contemporánea como era la decadencia de la clase media argentina antes de la crisis del 2001. La historia era atravesada por una reflexión en torno a instituciones civiles. La familia, las subjetividades, la escuela, la policía y la salud pública resultan observadas dejando entrever no sólo un estado de cosas crítico, sino también una potencia para transformar el mundo a partir de la suma de las voluntades ante la adversidad económica y afectiva. Es decir, a su modo planteaba una salida.

No es lo que sucede en cambio en la última obra de Juan Taratuto, *Me casé con un boludo*, que de manera espectacular y bajo condiciones de producción industriales, clausura de manera sistemática toda posibilidad de comprender el mundo por fuera de cuatro paredes y una cantidad inagotable de dinero.



Una lectura posible puede indicarnos que *Me casé con un boludo* tiene una factura técnica impecable, un guión de hierro y que se mueve con solvencia dentro del género de comedia romántica. Bien podríamos decir que en resumen es una película eficiente. Da gracia (salvo por momentos en donde el exceso vuelve grotesco lo que debería ser gracioso), y narrativamente es perfecta dentro de todos los lugares comunes que la ya centenaria fórmula chico-conoce-chica supone, incluido su recurso cine dentro del cine, que pretende potenciar una visión romántica en donde el cine actúa como potencia del amor, es decir, el amor triunfa tanto en la realidad como en las películas.

La cuestión entonces sería preguntarse cuál es esta realidad propuesta. Y es la cuestión porque la realidad se cuela aún en las estructuras más herméticas si entendemos que el cine es ante todo una mirada sobre el mundo. Es difícil pensar a *Me casé con un boludo* por fuera de sí misma, parece un objeto desprendido de alguna parte, como una burbuja que flota libre y suelta en un mundo maravilloso. El crítico de arte estadounidense Manny Farber llamaría a este artefacto "arte elefante blanco", es decir, un objeto molesto y viejo que representa una maquinaria que en vez de expandirse se contrae, y cuyas apuestas escénicas solo ponen de manifiesto la necesidad del director y el guionista de sobre-familiarizar al público con lo que se está viendo. De este modo, no parece sorprender que en la película Buenos Aires esté desdibujada por completo, imposible de configurar más allá de alguna esquina incierta y del plano inicial que sobrevuela un auto de lujo en una zona rica y bella sobre una calle

vacía de autos... y de personas. Y es que en *Me casé con un boludo* el mundo queda acotado a la propiedad privada, no hay por fuera de la casa del protagonista un indicio de que algo esté sucediendo más allá del límite de este universo de clausuras, a no ser por la casa de la hermana del personaje de Bertucelli, el único afuera propuesto, que es peligrosa, extraña, y también ridícula. Su casa está muy lejos, tanto como para que esa distancia represente un vacío que no puede ser completado con nada. No hay comunidad y entramado social que articule el plano de los ricos con cualquier otro estrato. La única imagen posible de una diferencia está dada por actores que pagados por el personaje de Suar, interpretan a una familia que recibe su dádiva ficticia a la entrada de su hogar, en un acto amoroso que pretende construir su cualidad de buena persona. Y es que Suar, en la interpretación de un boludo que exagera sus cualidades verdaderas de empresario canchero y exitoso en la vida real, no hace más que confirmar aquello que Ricardo Forster señalaba hace solo unos días a propósito del sujeto dominado por el capital neoliberal que promueve la maquinaria macrista, un individuo autorreferencial, vuelto sobre sí e imposibilitado de establecer una relación con la comunidad.

Me case con un boludo tiende en todo momento a concentrarse sobre sí, no hay grieta que atraviese realmente el conflicto de la pareja protagonista más allá de un desencuentro que se subsana a fuerza de impostación y con la ayuda de un guionista, que le dirá al personaje de Suar qué hacer, ofreciéndole un libreto que oculte sus verdaderas intenciones, que de todos modos están a flor de piel.

La galería de periodistas adúladores en representación de sí mismos y del poder mediático de Canal 13 de la que se vale Taratuto para construir esta ficción, sumado a lo anterior, terminan por volver obscena e impune la riqueza que se ostenta como capital de la felicidad. O será que de verdad podemos creer, luego de salir de la sala a oscuras, que en la luz del día de nuestra propia realidad, la felicidad, el amor y el dinero estarán esperándonos a la vuelta de la esquina. **D**

*Editor - Crítico de cine.

Tierra de Periodistas



CRISTIAN
MALDONADO

MAX
DELUPI

CÉSAR
BARRACO

MARIO
PENSAVALLE



580

UNIVERSIDAD

Tu propia voz

Biografía de Gustavo Roca

El siguiente es un resumen del texto leído en la presentación del libro *La ley de la revolución*, una biografía de Gustavo Roca escrita por Juan Cruz Taborda Varela.

Luis Rodeiro*

La *ley de la Revolución* tituló Juan Cruz Taborda su libro, anteponiendo esta frase rotunda al nombre de Gustavo. Nada más adecuado. Sin duda, como heredero del gran Deodoro, pero también de esa banda de pensadores excepcionales que rodeaba a su padre, prácticamente se había creado escuchando las ideas fuerza que habían explotado en el 18 y que habían quedado sintetizadas en aquel escrito visceral, que aún hoy, emociona leerlo, que fue el histórico Manifiesto Liminar. Gustavo tenía hasta el estilo de escritura y el tono de ese manifiesto.

Con mucho del espíritu libertario de la Revolución francesa; con esa mirada cómplice con los planteos de Patria Grande, con la experiencia republicana en España y su guerra civil, con la repugnancia visceral al fascismo y al nazismo, con las promesas originarias de la Revolución rusa. Sin duda, desde esta herencia, Gustavo pensaba, actuaba, como parte de un movimiento de ideas y de resistencias, pero con una cuidada autonomía frente a las organizaciones, los partidos, a quienes servía a todos con el mismo interés y la misma pasión.

Fue un hombre de izquierda, en su sentido más amplio, con compromiso claro frente a ese orden conservador hegemónico, frente al autoritarismo, al militarismo, al clericalismo y a la hegemonía del poder económico. Desde siempre puso su profesión al servicio de ese movimiento revolucionario sin fronteras precisas, reconociendo la pluralidad de ideas y estrategias de esa tendencia. No fue peronista, ni comunista, ni socialista orgánico, pero defendía a todos por igual, con la misma pasión, compartiendo la utopía de un destino revolucionario que estaba por encima de esas diversidades.

Como toda una generación, que aunque más grande en edad se sentía parte, Gustavo no fue ajeno al proceso de cambio que comenzaba a atravesar nuestras vidas. Sin ser peronista (hasta podríamos decir que fue militante opositor, en sus tiempos de dirigente estudiantil), advierte lo que serían las consecuencias de aquel golpe gorila en ciernes y junto a otros intelectuales cordobeses elaboraron un documento que el propio Perón elogió. Después de 1955, tras el derrocamiento del peronismo, participa a través del diario *Orientación* principalmente (la actividad periodística, era otra de sus pasiones) a las luchas de resistencia de todo tipo contra la dictadura, en especial las del movimiento obrero cordobés, acompañando al Negro Atilio López, en la recuperación de la CGT, empujando la unidad en la acción.



Por eso es amigo y consultor del Gringo Tosco, de Torres y de la pléyade de dirigentes, que a través de la conjunción de la lucha sindical y política, fueron construyendo ese camino que pasó por el Cordobazo, donde era protagonista Lucio Garzón Maceda su socio en un estudio que era un centro neurálgico de la resistencia, en el sentido más amplio del término. A su vez, albergaba y apoyaba, desde su autonomía, a los intelectuales que se rebelaban contra la línea dogmática del Partido Comunista, expuesta en la revista *Pasado y Presente*, dirigida por Pancho Aricó, y su participación en sus aventuras editoriales enfocadas desde una actitud militante, a través de la editorial Eudecor.

Anticlerical, como Deodoro, vio con entusiasmo la rebeldía de los cristianos contra la Iglesia oficial. Me recuerdo una tarjeta de salutación por Navidad, que habíamos diseñado desde la cárcel, con un texto que representaba una interpretación revolucionaria del cristianismo, que terminó enmarcada y expuesta en una pared de su estudio. Pero sobre todo, y como un nuevo eje en nuestras vidas políticas, el estallido de la Revolución cubana, con su cuota de esperanza, con la demostración que la revolución era posible, haciendo pública su simpatía, con el azaroso aditamento de que uno de sus líderes había sido amigo en su pasado juvenil.

Este itinerario es el que encuentra el autor, cuando se dispone a internarse, a viajar por la vida política de este Gustavo polemista, comprometido, injustamente olvidado tras de su

muerte. Y lo puede encontrar porque se acerca a él –como un auténtico periodista– libre de prejuicios, sopesando una vida, una trayectoria, sin dejarse llevar por un instante de vida, que algunos invocan para olvidarlo.

El libro tiene, precisamente, esa frescura del que acerca sin anteojeras al objeto de su investigación. De la Reforma a la Revolución, sintetiza Juan Cruz. Sí, a la Revolución. Porque Gustavo Roca no era un simple defensor de presos políticos, que aun así con ese calificativo de simple, en tiempos adversos requiere de una buena dosis de agallas.

Era mucho más. No me cabe duda que él fue en verdad un militante revolucionario, que había elegido como puesto de lucha de ese cambio, el ejercicio del derecho, desde la perspectiva de la ley de la revolución. Creo no equivocarme si digo que Gustavo fue el precursor en la Argentina de las defensas de “ruptura”, como dio en llamarse esa estrategia inspirada en los planteos de Jacques Vergés, abogado del Frente de Liberación Argelino. La pone de manifiesto en 1964, con la defensa de los guerrilleros de EGP, detenidos en Salta, donde los reos son redefinidos como patriotas.

Con una oratoria vibrante, Gustavo denunciaba las condiciones hegemónicas del sistema jurídico y la hipocresía del orden dominante, sus instituciones, sus protagonistas. Cada defensa, en los casos más comprometidos, se constituía en una denuncia política, que trascendía el marco del juicio. En todo este itinerario fue preso, perseguido, amenazado, incendiado su estudio, exiliado y posteriormente olvidado.

Este camino político es el que relata Taborda, con solvencia, con buena pluma, con la convicción de que el personaje central de la historia es el protagonista. Y el texto va creciendo porque ante cada anécdota, ante cada testimonio no pierde su capacidad de asombro. Capacidad de asombro que lo va transformando en su relación inicial con el personaje. De la curiosidad inicial por la vida del hijo de Deodoro, pasa paulatinamente a cierta complicidad, que se va insinuando en el calor de su escritura, sin alterar el afán de investigar.

El resultado es un libro para leerse. Por la forma de encararlo, de narrarlo y por la fuerza, por la pasión de ese militante que fue Gustavo como protagonista. El “hijo de Deodoro”, como en la realidad, pasa a ser Gustavo Roca, con identidad propia. **D**

*Periodista

Voy en tren

Luciano Lamberti y una reseña crítica del libro *Sueño de trenes*, de Denis Johnson.

Luciano Lamberti*

Robert Grainier, el protagonista de *Sueños de trenes*, de Denis Johnson, viaja a caballo, en tren y en avioneta (una vez). Estos distintos medios de locomoción son los símbolos de su paso por las distintas épocas de la sociedad industrial a la que pertenece (por lo menos por un tiempo) la misma que ve desaparecer al final de la novela, la que construye gigantescos puentes a través de los ríos y es capaz de arrojar desde esa altura a un chino acusado de robo. Es una época salvaje, promisorio y brutal, pero relatada con una sensibilidad contemporánea, sin piedad, pero también con una extraña ternura, lo que vuelve a ese personaje tan querible y empático.

Grainier nace en algún momento del siglo XIX y muere en 1968. La novela es una biografía en miniatura, de algo menos de ciento cuarenta páginas, que sin embargo da la sensación, al terminar, de haberlo contado todo sobre ese personaje (y esa época), como si sus saltos temporales tuviesen una motivación secreta (que la tienen) o como si las aparentes digresiones y escenas que se desarrollan fueran parte de un plan (que lo son). Con maestría, Johnson nos hace comprender de lo que está hecho una vida: un acontecimiento originario y sus derivaciones, que a veces pueden ser monstruosas. Una aparente nada en cuyo interior se desarrolla la vida verdadera, que es la del sentido. Una profunda nada, que es la falta de ese sentido. Una serie de hechos que solo después de mucho tiempo encajan en el dibujo general, en la gran trama, en el arco que a todos, más que mal, nos es dibujado.

La novela desarrolla su vida a partir de esos momentos en los que un personaje se define. El encuentro con un vagabundo herido que cree expiar un pecado terrible. Sus distintos trabajos. Gladys, la única mujer de su vida, con la que construye una cabaña en su pequeña parcela de tierra y tienen una hija, Kate. En una



de sus ausencias de trabajo, el incendio que devora las montañas donde esa cabaña está ubicada y la posterior desaparición de la mujer y la hija. La mitología acerca de una “niña lobo” que recorre el pueblo. Los sueños en los que su mujer le muestra lo que él no puede saber, lo que realmente sucedió. La vida solitaria, algo triste y de momentos de gran hermosura, en la que se ve atrapado después de eso. Con maestría entomológica, Johnson parece viajar por esa vida aleatoriamente, cuando en realidad tiene sus golpes preparados, que no son efectistas pero sí emocionantes. Hay, también, un amor por el detalle, por el dato que parece haber sido no solo estudiado sino experimentado en carne propia. Desde la construcción de un puente sobre el río hasta la forma en la que Grainier se alimenta en su soledad de recluso, todo tiene un extremo grado de verosimilitud, sin caer en la exhibición enciclopédica. Toda una lección para esos escritores de novelones históricos que no ven la hora de incluir lo que estudiaron en largos párrafos aburridísimos. A Johnson

le interesa más el valor de cada cosa, su utilización dramática.

Su uso del lenguaje es otro acierto que por momentos pone la piel de gallina. Johnson considera que no es necesario ser anacrónico o ingenuo para narrar el pasado, sino que puede ser abordado desde un lenguaje informativo y transparente, completamente contemporáneo, que no excluye el lirismo, pero no da golpes de efecto.

El otro rasgo destacable es el humor. Si el pasado suele ser abordado con cierta solemnidad, como si todo lo que sucedió fuera majestuoso y definitivo, Johnson pone el acento en una forma contemporánea de narrar sus escenas, que da la impresión de no estar contando nada importante en el fondo. No hay que olvidar que en su colección de relatos altamente premiada *Hijo de Jesús*, Johnson describía la vida contemporánea a partir de personajes marginales, un poco dementes. Con esta novela, logra trasladar esos recursos a otra época, lo que significa una síntesis maravillosa. *Sueños de trenes* es más novela sobre una época que sobre un personaje. En la historia mínima de alguien que no tuvo incidencia alguna en los vaivenes de la Historia, logra narrar las modificaciones mentales y fisiológicas que suponen el paso de la era del caballo a la del tren y luego del automóvil (cuya bocina asusta a las yeguas de Grainier, que nunca la habían escuchado).

No debería faltar mucho para que Paul Tommas Anderson tome esta novela y haga con ella una gran película. Como en el caso de los Cohen, que siguieron a rajatabla el esquema de *No hay país para viejos*, de Cormac Macarthy, en este caso el tono, el color y los recursos ya están presentados ahí, con un moño en la punta, como un regalito maravilloso. **D**

*Escritor

Eva Finkelstein y los archivos impuros

Un blog denominado “Título” conforma el extenso archivo de Eva Ana Finkelstein, una joven artista cordobesa abocada a la performance y el vídeo arte. “Título” nació en el contexto del ciclo “Aún sin título” coordinado y gestionado, desde 2011, por Soledad Sánchez Goldar, referente ineludible del arte de acción en Córdoba.

Mariana Robles*

A rededor de 20 piezas constituyen el blog *Título*, de Eva Finkelstein, con sus respectivos índices. Cada partitura medial, cada película, tiene una duración promedio de 45’ y son videos-collages compuestos por registros realizados en situaciones diversas: performance, eventos sociales, inauguraciones, ensayos, archivos de la web, obras de diferentes artistas, autobiografías y una gran cantidad de citas del mundo del arte. Antes de cada video, o en ese orden impreciso que regula la web, Finkelstein se ocupa de indicar y especificar el contenido de las entradas, aclarando instancias técnicas y conceptuales para un recorrido posible de su trabajo. Un grupo conformado por Lucrecia Requena, Jessica Marcantoni y Mel Pasardi protagonizan la mayoría de las acciones. Las tres artistas, cada una con un reconocible lenguaje corporal, aportan la potencia de sus cuerpos, aquello que el movimiento inscribió con particular brillo en la piel. Por su parte, Finkelstein ejecuta la pieza como una gran editora, cada pequeña pieza integra un texto inmenso. Esa narración magnánima, inabarcable, funciona como archivo pero también como relato autobiográfico. Así, en el epicentro de *Título* ocurre al mismo tiempo la Historia y la historia, como torbellino o espuma de la creación.

Quizás suene algo inapropiado o contradictorio ¿qué significa participar al mismo tiempo de la Historia y la historia? ¿No es acaso la redundancia sólo un juego de lenguaje? Lo que propongo es que la Historia, el término con mayúscula, representa el intento de generar un relato objetivo de los hechos: con un aparato formal de categorías y conceptos se obtiene cierta regularidad y explicación que, suponemos, se corresponde con la verdad. La historia, con minúscula, es la aparición de acontecimientos mínimos y singulares que representan a una minoría o a su referente, y su valor de verdad es la experiencia.

La impureza, constitutiva de estos archivos, no sólo obedece a una estrategia formal sino que, en primera instancia, satisface el deseo de Eva de encarnar su propia historia. El nudo biográfico de sus archivos, la máquina visceral que los pone en movimiento, se corresponde con la tensión constitutiva del arte contemporáneo, en general, y la performance y vídeo arte, en particular. Ambos fenómenos, performance y vídeo arte, apelan a la temporalidad de lo vivido y al espacio propio construyendo sinfonías políticas que se alojan en atmósferas existenciales diversas. Como manifestaciones contemporáneas son



esencialmente críticas del mundo del arte, de sus pretensiones hegemónicas, propagadas en museos, galerías, bienales, aparatos conceptuales, políticas culturales e inclusive son críticas de las pretensiones de los propios artistas. Pero el modo en que la crítica se dispone, o aparece, no es sencillamente como mera reacción o enunciación objetiva de lo negado sino como absoluta encarnación. Siento luego existo. Los cuerpos están siempre allí para confirmar nuestra existencia. Siempre hay cuerpos, porque sin cuerpo no hay mundo, ni mundo del arte, ni ningún otro mundo posible. Lo dado para la performance no es el espacio-tiempo de la física, ni el cuerpo de la biología o la ciencia, sino cada uno de nuestros cuerpos sintientes. En el archivo de Finkelstein se juntan, en la sistematización misma de un archivo, las formas y métodos que posibilitan las estructuras narrativas de la Historia, sus modelos cognitivos abstractos, con la mirada singular de quien organiza dicho archivo. En esa coordenada no sólo ocurre un fenómeno creativo sino también poético, rítmico, que enuncia en su propia lógica material un arte local factible. Un arte local que no se mide a sí mismo en términos de emergencia, marginalidad o periferia sino como centralidad invaluable de su existir. Advierte y afirma: el mundo del arte pervive en mi sangre y no a la inversa, mi cuerpo no es recipiente neutro de nociones ajenas, es él quien otorga vida a cada enunciado, a cada posible término de una teoría. En este sentido, los juegos o referencias que fluctúan por ese universo inabarcable denominado *Título*, modifican radicalmente el entorno de la cita, para que lo mencionado

ingrese al cuerpo de la obra, convirtiéndose en ella, en su sustancia concreta. En sus archivos impuros Finkelstein descubre una nueva forma de “antropofagia”, una versión pop de la antropofagia de Oswald de Andrade, manifiesto central de las vanguardias brasileras. El monstruo que todo lo engulle es un ordenador, un espacio virtual, que digiere rápidamente, y destruye con sus sombras de olvido.

En “Imágenes de América Latina” Raúl Antelón nos recuerda que en Brasil, en la década del 30, las vanguardias traducían impuramente Sigmundo y no Sigmund, refiriéndose a Freud. Reafirmando que ninguna lectura o interpretación es independiente de la posición de un cuerpo, de un lector. La supuesta transparencia interpretativa se contamina de visiones que la modifican pero que también mantienen vivo el tejido simbólico. La “o” que interviene el nombre real, inventa un nuevo mundo en ese límite que consideramos el nombre propio, enriquece la identidad y el bagaje de sus teorías.

El capítulo diez del blog *Título* se denomina Valter Veenjamin y confirma la apropiación, la teoría que habita la musculatura, los huesos, los ojos de quien siente. El entrecruzamiento entre la Historia y la historia actualiza la operación de la cita colocando el nudo vivencial como primer aparato interpretativo, no sólo del arte sino del mundo simbólico que nos atraviesa.

En este sentido, la tradición, el *establishment* del arte contemporáneo y el mercado pierden, en un giro performático, sus preciadas cualidades de originalidad y valor confundiendo con lo engullido y apropiado. Bataille opone lo alto a lo bajo y descubre que las imágenes reservan un duplicado de un mundo que se erigió sometiendo y reprimiendo en nombre de una racionalidad luminosa. La cabeza protege esa razón antropológica de un mundo en decadencia, mientras los cuerpos buscan refugio en la poesía y el arte. Lo bajo, ese imperio bello donde prospera el barro y las raíces, se apoderó de él y con una hermosa obra selló su pacto con el cuerpo y la carne. Las ideas viven en el corazón y son impuras como nuestra confusión en el abrazo. *Título*, es el título de un blog-archivo que ha perdido la cabeza para habitar las impurezas de lo que minuto a minuto circula el espacio e inventa la vida; de lo que hay y se acepta pero también se quiere y se festeja. **D**

*Artista visual, escritora y poeta.

Esto no es un link

La imposibilidad de equivocarse elimina también la potencia del equívoco. Sin equívoco, la interpretación está condenada a ser una sola. Y una sola interpretación es la imposición de un discurso unívoco que, digámoslo a lo bruto, constituye el fascismo.

Ricardo Ryser*

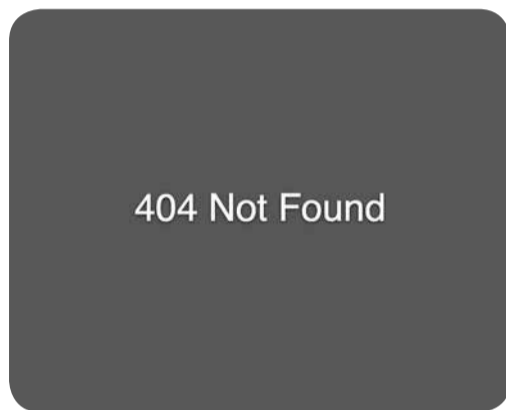
¿Dónde quedó el dolor de rodillas para pronosticar el clima? Ya no es preciso. Gracias a celulares o anteojos de realidad aumentada puedo consultar sin miedo a equivocarme y sin necesitar de un mayor en el domicilio, o mi propio problema de meniscos. Cuando hablamos de realidad aumentada, nos referimos a la experiencia de superponer al ambiente real datos virtuales. Capas de información virtuales que se suman al ambiente real. Como una hoja de calcar sobre la capa de lo real. Esto implica que sobre el cielo se sobreimprime el clima, sobre una puerta de restorán descubro el menú del día, sobre una calle descubro el camino que debo seguir. En verdad no descubro nada, todo lo diagramaron ya para mí. Bendecidos por las posibles aplicaciones de esta tecnología la interpretación pasa al final de la fila. La interpretación y el equívoco como actividad. Ya no puedo equivocarme, aquel es el camino, éste será el clima, escaneando un código despertaré imágenes que interaccionan, ya no es necesario imaginar.

Abro paréntesis.

Antes que nada quiero aclarar que de ninguna manera me sumo a las expresiones de “todo tiempo pasado fue mejor”, me encanta que mi dentista me extraiga muelas sin dolor. Cierro paréntesis.

Un mundo interpretado para nosotros, no nos equivocamos, tampoco nos sorprendemos. Como si el flagelo de los periodistas que sostienen que narran la verdad o la realidad (y que confunden estos términos con cuidada malicia) no fuera suficiente, se suma además la comodidad de ser interpretado. Y nos seducen con la fantasía de efectivizarnos a nosotros mismos, no perder tiempo, hacer más y mejor, una correcta inversión de la energía. Una obra de teatro es casi todo lo contrario, un balance de los equívocos. Cualquier construcción es un balance de tensiones.

Imaginemos un puente que cruza un arroyo sereno. Sobre el puente una pareja retoza bajo el sol de la siesta. Apoyados en su baranda, miran su reflejo en el agua. Una imagen bucólica, pacífica. Esa paz que nos transmiten está fundada en el choque violento de tensiones y fuerzas que compiten por prevalecer en el diseño y construcción del



puente. Es en ese choque violento que se equilibran. Si una de las fuerzas finalmente se impusiera sobre las otras (un material que cede ante la gravedad por ejemplo), el resultado sería catastrófico, al menos para esta pareja. Todo en el mundo tiene un poco de esto, pero esto para mí es el mundo todo del teatro. Un equilibrio precario de más errores que aciertos. Una práctica basada en el intento permanente de no errar y sin embargo hacerlo, para incorporar el error y convertirlo en material poético. Si el espectáculo como tal comienza y termina de definirse a sí mismo en el transcurso del propio espectáculo, no puede haber entonces una interpretación dada a priori. Y ahí la capacidad antifascista del teatro. Es político porque nos reunimos, sí. Pero además porque nos reunimos para asistir a un tipo de discurso que se construye en el encuentro. Esa construcción discursiva que habla más de nosotros (como espectadores) que de la obra, ahí radica una potencia política inusual. La incomodidad de saber que todas las interpretaciones son posibles, correctas, potencialmente incorrectas pero válidas. Pasar del mundo del raciocinio que tranquiliza y aquieta al mundo de lo emotivo y sensible (movimiento, inquietud). Atravesar al espectador con un discurso imposible de definir y mucho menos de googlear. Vivir el tiempo presente con una certeza de inasible. Aprender la difícil tarea de disfrutar esa poética incomodidad.

Abro paréntesis paranoico.

Rozando el terreno de las teorías conspirativas, hay algo de perverso y no casual en el cierre de los espacios culturales. Asistimos al peligro permanente de ver perecer proyectos

culturales que se suman a la lucha contra el fascismo interpretativo. No les molesta (a ellos, los conspiradores) la reunión de personas, lo peligroso es que en esa reunión cada cual construye un discurso íntimo y a la vez colectivo.

Lo peligroso es la imaginación. Porque imaginar, fantasear ficciones nos permite descubrir y desentramar las ficciones cotidianas.

Ahora que la política parece ser más una aplicación para celular que una fuerza transformadora de la realidad, los discursos se levantan en el vacío de buscar la efectividad. La realidad ya no es una construcción subjetiva, íntima, una ficción en la que participamos. La realidad parece estar condenada a ser descripta bajo un único parámetro: el de la efectivización de la vida ¿Y para qué? ¿A quién le sirve que mi vida se vuelva más eficaz? Llevando esto al extremo de la paranoia supongamos que nos comienzan a designar rutas determinadas, mostrándonos recorridos decididos por otros, ya no podremos ser capaces de descubrir. Es cada vez más difícil escribir historias de encuentros fortuitos en tiempos de GPS. Cierro paréntesis paranoico.

Vuelvo a pensar en el término “realidad aumentada” e imagino que podría ser aplicado a las leyendas en torno a los sitios, por ejemplo, la piedra que llora porque en su interior quedó atrapada una amante despechada. Pero no, tienen el tupé de ponerle realidad aumentada a lo que en verdad es realidad indicada.

En su etimología sentir es tomar una dirección gracias a una orientación que me llega con los sentidos. Interpretar podría pensarse como estar entre vendedores o mercaderes, es decir, estar entre mercaderes es estar valorando. Y aunque suene a querer legitimar un discurso barato hablar de la etimología de las palabras, algo maravilloso sucede. Sucede que ambos términos hablan de un estado presente, que no se puede diseñar con antelación.

Como contrapartida entonces seguiré buscando todo lo que me conmueve, me inquieta y no termino de comprender. Un intento de diatriba contra el sentido único. Sostener el equívoco (propio y ajeno) como parte necesaria de una revolución poética. **D**

*Actor. Director. Dramaturgo.

Cumbia Zero

Agustín Berti*

18

Música

El título del disco era Por siempre Gilda y era una copia pirata de un compilado de mesa de saldos. La tapa estaba fotocopiada. El lugar era un barsucho en un manglar en Itaparica, del lado no turístico de la isla, mirando hacia una megápolis desigual y brutal que, ironías del colonialismo, se llama San Salvador de Bahía. Ahí cerca paraba un amigo. La crisis del 2001 lo había golpeado feo. Había cerrado su restorancito en Nueva Córdoba y tras varios trabajos mal pagos o directamente impagos se había instalado en una casilla de tablones. El lugar lo había adoptado, no sin tener que vencer algunos prejuicios. Las casas eran humildes, sin revocar, y el único más austero que los favelados era él, que había ocupado un espacio modesto entre la playa y el arroyo del manglar. Ahí todos, literalmente, la remaban. Es decir, agarraban los remos y se metían mar adentro a tirar las redes. Él también paraba la olla así.

El bar de sinhá Maria estaba sobre el arroyo y había que llegar en canoa. Lula da Silva acababa de asumir y el plan Bolsa Familia empezaba a compartir una riqueza que de otro modo nunca se derramaría. Después de dos años de ostracismo éramos la primera visita. Noticias frescas de una Córdoba abandonada de apuro, en medio de una malaria atroz previa al estallido del 19 y 20 de diciembre. Habíamos ido al bar a escuchar un CD de una banda de unos amigos. Pagamos varias cervezas y la nostalgia picó. Ante la pregunta de si teníamos algún otro disco, apareció el de cumbia. El disco de la banda de amigos había viajado muchos kilómetros en la caja de Por siempre Gilda. “Y bueno, pongamos ese”. En ese lado de la isla sólo se oía pagode y seresta, así que cualquier variante era bienvenida. Y a sinhá Maria le gustó el disco, tanto que ofreció comprarlo con cervezas a cuenta. La transacción fue rápida, con el pico caliente nadie duda en desprenderse de una copia pirata.

Tras el accidente de Rodrigo Bueno, volviendo de un show en La Plata, Mariano Grondona dedicó una parte de su programa al fenómeno cordobés con amigos del cantante fallecido. Insistentemente se refería a “las bailantas”. Sus invitados, también insistentemente, señalaban al conductor que el término preciso era “bailes”. Fastidiado, Grondona estableció tajantemente que eran “lo mismo”. La falta de apego a los hechos, frecuente por otra parte en ese periodismo, era elocuente. Nadie que se precie de culto, como el conductor en cuestión, se atrevería a confundir una orquesta sinfónica con un cuarteto de cuerdas. Es más, incluso, intentaría, con menos herramientas, no confundir una zamba con una tonada. Pero puestos a hablar de las músicas que escuchaba el populacho, los matices se volvían innecesarios.



Con todo, Sábados tropicales era parte nodal de esa industria cultural de cabotaje que atravesó los noventa y los 2000 sin mayores alteraciones hasta las discusiones por la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual. Era, de algún modo, una contracara de Hora Clave en ese sistema de medios concentrados que configuraron la cultura argentina promedio durante el cambio de siglo. En 2004, cuando explotó comercialmente la cumbia villera y se comenzaba a aplacar la industria del secuestro en el conurbano bonaerense, Alberto Fernández, a la sazón jefe de gabinete, se entrevistó en una polémica estéril con la Tota Santillán sobre la incitación a la violencia en el género. “A mí me encanta la cumbia villera”, dijo el entonces presidente y zanjó la discusión. Su olfato político y cultural acaso haya registrado el despropósito de Hilda “Chiche” Duhalde apenas dos años antes cuando intentó censurar, desde su rol de primera dama provisional/diputada por Buenos Aires, un video de Vicentico donde se representaba el pavor de las clases medias antes los chicos que pedían en la calle. El tema fue el hit del verano de un año particularmente caliente que terminó de hervir en junio con la masacre de Avellaneda. Retrocediendo un lustro, el programa de Grondona muestra, sin embargo, cómo el conservadurismo local miraba con rechazo la música popular de su periodo. El primer Cosquín Rock, el que se hizo en la plaza Próspero Molina, llevó estas tensiones al escenario. Christian Aldana, cantante de El otro yo, arrancó su show al grito de “¡La cumbia es una mierda!”. El Cóndor Sbarbati, segunda voz de la siguiente banda, Bersuit Vergarabat, replicó con un sentido “¡La cumbia es una masa!” que dejó los precedentes como, digamos, unos insensibles. (Luego Aldana rectificaría esa afrenta y se asumiría, para sorpresa de muchos, como un “militante” a partir de las discusiones por la Ley Nacional de la Música). Por aquellos

años, el género tenía un valor revulsivo que los Decadentes a nivel nacional y los Rústicos a nivel local ya estaban reivindicando: la cumbia podía ser nuestro punk. Ya con Bersuit y las Manos de Filippi a la cabeza, la cumbia fue parte de la banda de sonido del que se vayan todos, la música antisistema por excelencia. Qué pasó en estos años en que la cumbia devino dub, devino alterlatina, devino cool, devino retro, devino pop, hasta llegar a la cumbia canchera es una pregunta con muchas respuestas posibles. Acaso la más certera sea la disección de la asimilación de la cumbia y sus tensiones que hace Capusotto en los sketches corrosivos de Alta Yanta, un grupo alienígena camuflado bajo la caricatura de los pibes de los grupos de cumbia villera que busca infiltrarse en la cultura terrícola (que en los videos es justamente la de clase media alta argentina).

Pablo Lescano fue el numen del género, un dotado de la consola de grabación al que rindió pleitesía el mundo del rock. El aparato cultural kirchnerista, atento al maridaje de las sensibilidades combativas y los giros populares de fines de los noventa, lo incorporó rápidamente a su panteón. Pasó por las fiestas de Bicentenario, por Encuentro en el Estudio y la cumbia fue integrada, con sobradas razones, en el imaginario de nación. Pero toda operación cultural tiene sus riesgos y Hora clave ya no resultaba un dispositivo cultural eficiente para la derecha moderna. Si Tiempo nuevo se apropiaba de “Fuga y misterio” de Piazzolla, y el valor subversivo del Nuevo Tango se volvía cortina musical de la defensa más acabada del statu quo, sus hijos ideológicos repetirían la jugada. Con la cumbia canchera nació una cumbia pretendidamente sin clase, al fin una cumbia del fin de la historia, una cumbia sin grasa, que pueden tocar alegres muchachones de división de rugby con chomba color salmón.

El problema de fondo es que la cultura no es puros “contenidos” libres de ataduras materiales e infinitamente reutilizables y recontextualizables, es disputa, es el espacio de hacer y decir donde el conflicto de clases se vuelve evidente. Un presidente bailando “No me arrepiento de este amor” en el balcón de la Casa Rosada es un modo de escenificar esa disputa, y su estrategia es un intento de licuarla. La parte que quiere una cumbia light, sin la grasa. Es, por volver al comienzo de esta digresión sobre música y política, la facción que no toleraría la cerveza barata al borde del manglar donde una beneficiaria del plan Bolsa Familia sentía empatía por esa música extranjera pero familiar. Su contracara, la cumbia del balcón de la Rosada, es la cumbia de bajas calorías de quienes nunca tuvieron discos con tapa fotocopiada. **D**

*Docente e investigador. Facultad de Artes de la UNC.

Villagra, el fútbol y la historia.

Dicen que a la historia la escriben siempre los que ganan. Creo que en realidad es al revés: ganan los que escriben la historia, los dueños del lápiz con punta. Julio César Villagra nunca imaginó que estaría escribiendo sin papel la memoria de miles de personas. Él solamente jugaba al fútbol.

Ángel Sebastián Ramia*

En este inventado país la lucha ha sido, y lo sigue siendo, la imposición de la memoria; la selección, recorte, y repetición del pasado, en todos los ámbitos. Así fue que leímos y aprendimos como pudimos en los 14 pizarrones de nuestra escolaridad que San Martín cruzó los Andes en su Caballo Blanco, que Sarmiento fue el primer maestro, que el Cabildo y los pastelitos para las negras sin dientes, todo para recortar en la Billiken. Ahí están los héroes que le van a dar sentido a esta gran nación, en cada calle céntrica del país. Y están las guerras, los grandes acontecimientos y los feriados. Y los dinosaurios, las pirámides de Egipto, Roma, el descubrimiento de América, la Revolución Industrial y el hombre en la luna. Eso es la historia, un montón de frases, titulares del que rara vez se aprende el cuerpo de los hechos. ¿Y nosotros? ¿Qué hacemos los que no somos héroes, los que no vamos a cruzar los andes, los que no vamos a liberar a ningún pueblo? Vivimos, hablamos y cantamos nuestra historia. Y otros, muy queridos, hacen jueguitos, patean una pelota y nos hacen vivir, hablar y cantar otra historia a miles. Menos para los jugadores de fútbol. Algunos viven en la memoria oral del pueblo y cada tanto es necesario escribirlo.

La Chacha

Julio César Villagra. Nombre de emperador. El guaso era tan tímido que no hubiera podido jamás estar al frente del imperio romano. Le decían la Chacha, jugaba generalmente por la banda derecha, dejaba a los defensores rivales pidiendo el diario y hacía enloquecer a la hinchada pirata. Y eso no lo hacía cualquiera. Llegó a Belgrano en 1982, más o menos en la época en que a Galtieri se le ocurrió recuperar las Malvinas. Venía con su amigo Mario Luna, que le insistió en que lo acompañara a probarse. Belgrano estaba en la lona. Villagra, un negro de Villa Libertador, flaquito, rulado y con cubana, como eran los cordobeses de antes, se hartó de desbordar y tirar el centro, desbordar y enganchar para adentro, picar sin que nadie lo alcance, frenar y seguir. El Pucho Arraigada, que andaba probando jugadores no dudó en aceptarlo. Una pequeña crónica periodística dice que el 18 de julio de 1982 la Chacha debutó contra Alianza San Martín (una fusión entre Argentino Peñarol y Huracán) en la cancha de Huracán de Barrio La France. Ganaba Alianza. Empató Belgrano. Último minuto del partido, gol de Villagra. La tribuna delira. La historia, agradecida.



Lo que no se dice

Aquí conviene pisar la pelota. Sentir que todos pasan un poquito de largo. Girar, observar el panorama, cambiar de frente. Como dije anteriormente, la historia es un territorio de disputas y en el fútbol también pasa lo mismo. Alguien escribió su historia y dijo esto sí, esto no. Los ingleses inventaron todo esto. Dominaban el mercado mundial y en cada barco cargado con mercadería con la cual someterían a los pueblos, viajaba una pelota. Cayeron a Argentina. Jugaron entre ellos; se hablaba en inglés en los partidos. “Los ingleses locos”, decían los paisanos. Pero los de acá se enamoraron rápido. Y empezaron a jugar. Argentina era un cocoliche de inmigrantes, de nacionalidades, de lenguas y costumbres. El fútbol, por la economía de su práctica permitió igualar a todos. Pibes de 14, 15 años armaban equipos. No conocían las reglas pero lo jugaban. Los ingleses armaron una liga, jugaban entre ellos. Se empezaron a fundar clubes de fútbol por todos lados, en todo el país. Los trenes llevaban ese extraño y loco juego: patear una pelota desde la punta de esta pampa hasta el horizonte aquel. Amateurismo puro. Jugar por jugar. Después hubo gente, tribunas, estadios, masividad, pueblo, plata. Profesionalismo. Los grandes. El interior. Los Nacionales. El punto exacto en que cambia la historia. Frenar. Cambiar de frente, volver la pelota atrás. Belgrano, Talleres, Instituto y Racing fueron los clubes más ganadores de la liga cordobesa. Hubo campeones, goles, jugadores, árbitros, hinchas, festejos, amores y dolores, hubo fútbol, hubo vida. Pero algo pasó y en un momento toda una historia dejó de importar. A mediados de los 80, tres de los cuatro, escritor mediante, abandonaron la liga, se fueron a Primera y quedó Belgrano, corriendo para cualquier lado, hecho mierda. Y en el peor momento en la historia del

club aparece Villagra, soldando estos pedazos de historia.

Tiempo recuperado

Villagra jugó entre 1982 y 1991. Vivió, lo que dicen los que la vivieron, la “década romántica”. Fue, realmente, una etapa durísima pero hasta el sufrimiento se extraña cuando ya no está. Las vivió todas: Liga Cordobesa, Provincial, Regional, Nacional B y 45 minutos en Primera, ante River. En “reconocimiento a su trayectoria”, los dirigentes le dieron el pase libre. Se lo sacaron de encima, lo mataron, le quitaron la vida mucho antes. ¿Qué hace un jugador cuando ya no puede jugar? Villagra hizo hasta tercer grado del primario, no sabía hacer ecuaciones, ni conocía de diptongos ni geografía, ni de ciencias naturales ni nombres de capitales de Europa ni de historia. Villagra jugaba al fútbol, hacía historia, pero todavía no lo sabía. El 13 de septiembre de 1993, con 30 años de edad, la Chacha fue a una plaza, se sentó en uno de los bancos y se pegó un tiro. Murió dos días después. Se terminó su vida y empezó su historia. La idolatría creció. Los que lo vieron jugar desde la tribuna, los que lo conocieron envuelto en su timidez, los que pudieron sacarse una foto, todos comenzaron a tejer un recuerdo, armar un relato. No hay casi imágenes de él: un par de centros, dos o tres goles, un par de minutos de video para una década. Ni siquiera aparece en Wikipedia. Villagra es una historia oral, como el fútbol todo, contada de generación en generación. Las jugadas se agradan, los dolores se achican, la memoria elige. A los pocos meses, Chichí Ledesma, el mismo presidente que lo había dejado libre, decide nombrar a la cancha de Belgrano “Julio César Villagra”. No hubo ninguna documentación oficial, no hubo acta, no hubo cartel, placa, nada. Todos siguieron diciéndole el Gigante, el periodismo, los hinchas. Veintidos años después se hizo justicia: los propios hinchas pintaron un cartel con la inscripción de su nombre, con la presencia de su leyenda, para nombrar a las cosas por su nombre. No pude ver jugar a la Chacha pero el fútbol permite incluirte en el pasado, hablar de un nosotros. Soy un común, uno de los que nunca gana e incapaz de gambetear, hacer más de diez jueguitos, soy uno más. Escribir sobre él, recuperar las emotividades, es hacer otra historia, desafiar los discursos gritones, dar vuelta el partido, ejercitar la memoria. **D**

*Escritor.

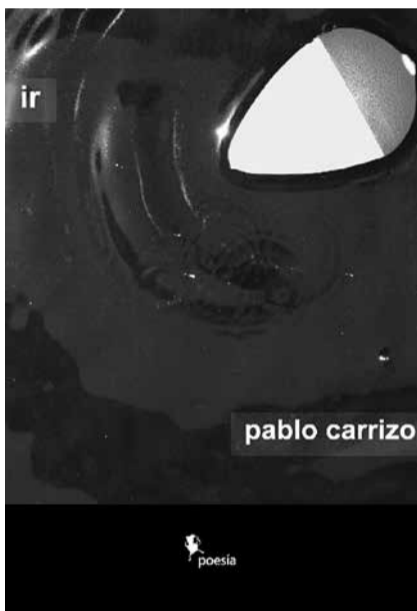
Reseñas cruzadas: Ir

Dos poetas reseñan mutuamente sus libros recientemente publicados. Se trata de Pablo Carrizo (*Ir*, Pan Comido) y Elena Annibali (*La casa de la niebla*, Del Dock)

Elena Annibali

Pablo Carrizo (Córdoba, 1978) acaba de publicar *Ir* por el sello editorial Pan comido. Antes editó las plaquetas *Pez por la boca* (2007), *El origen de una bandera* (2007), y *Pesos* (2012). Participó de las antologías *Belleza obliga* (2005), *Derrota No* (2006) y *El día más parecido* (2008). Desconozco, debo admitirlo, si el tiempo que se ha tomado Pablo hasta llegar al libro propio ha sido una cuestión de imposición o voluntad propia. No me estoy expresando a favor de un soporte en pos de otro, pero sí me interesa -y creo que cuenta- pensar en cómo cambia el circuito de difusión, lectura, devoluciones, y cómo un libro condensa o evidencia la identidad o la estética de un escritor de una forma mucho más definida. Que -sin embargo- en este caso, debe o debería leerse en diálogo con esa escritura anterior que al menos para esta lectora está dispersa y pone en suspenso las observaciones que se pueden hacer de un libro leído como inaugural. Y también como único.

Ir es el título del libro, un infinitivo que, por su carácter abstracto y porque expresa una idea de la acción de una forma muy general, abre una puerta hacia la libre interpretación pero también puede que esa indefinición, esa apertura, y esa -en apariencia- transparente invitación al lujo del devaneo, juegue en contra del efecto deseado: no sienta las bases de ningún juego para el lector, no predice, no anuncia. Pero como el ejercicio de leer y de comprender -de querer comprender- es testarudo y precisa del hilado -del 'conectar'- persisto y leo y llego hasta la página 37, a un poema titulado *Largor*, a un momento demorado del libro, pues casi está en el final, y que representa lo que yo leo como una clave: "Ir es la más larga palabra/del alfabeto/y el deseo.//Un labio puede guardar el amor como memoria." Entonces, el *ir* inicial puede -podría- ser el deseo, y el juego de anunciación es un juego retentivo en el que quien escribe tanto como el que lee desean -o deben desear- ir hacia la poesía, hacia lo que está adentro, hacia el cuerpo del libro.



La pulsión es la que orienta, la que debería orientar.

Una vez allí, los temas: la música, la herencia, lo doméstico. La música: me preguntaba si Pablo sería músico. Porque la música se manifiesta -ya lo expresé- como tema, pero no como procedimiento y eso claramente provoca extrañeza. Quiero decir que sí aparece como motivo en muchos poemas: en *Toques*, *Incorde buey*, *Música*, *Desarrollo*, *Las gracias del invitado*, *Somos política*, se sugiere que la música está claramente ligado a lo afectivo, a lo eufórico, a la vida íntima, pero también como algo que cruza la comprensión de la realidad pero que, en su traducción a lo poético, se queda en la imagen sin acceder al mucho juego que propone -que puede proponer- el sonido en el verso, en la poesía. Con esto solamente estoy pensando -y no sentando juicios de valor- sobre lo que para mí es una ausencia, el detalle de una ausencia de lo que podría haber sido el trabajo con la musicalidad de las palabras en un libro tan perturbado por ese tema que es, a todas luces, tan importante y tan presente para el autor. Pero en todo esto mi mirada es absolutamente parcial y viciada, y lo que veo como desajuste alguien más podrá leerlo como virtud o propósito racional

en el infinito -o más o menos- proceso hermenéutico de cada individuo.

La herencia y lo doméstico: lo que se dice herencia, es decir, la génesis, el trazado de un lugar desde donde venir, se encuentra fuertemente enlazado al mundo femenino. Desde las primeras palabras del libro, o incluso desde las dedicatorias, las mujeres van marcando el camino. La madre, que aparece con nombre y apellido, Julia, las abuelas, Lucía y Sara, niñas, colman el libro de imágenes que sugieren una mirada orientada, un zoom que se asienta en unos cuerpos, en unas manos, y también una cámara que se desplaza por el mundo de lo doméstico registrando, muchas veces amorosamente, el transcurso de la vida de las mujeres de la familia pero que no se detiene en la captura idílica si no que tuercen el discurso, desde allí, a lo político, a lo reflexivo, o que simplemente se usan de trampolín o punto de inflexión desde donde decir algo más sin dejar de bordear esas imágenes. En *Espiando cocinar a mi abuela Lucía* se puede leer: *El calor/lo que sucede/no puede pertenecerse.// Hay dueños de hectáreas con soja/jamás/del brote/sexual/solferino/que ocurre sin oídos.//Una bujía nunca encendió una amapola./¿Quién/podría lotear los fiordos/que su sonrisa abarranca?//Lo que sucede/el calor/sucede.//Nada es/de quien lo lleva adelante/o detrás.//Lo sabe/y no lo declara/la mujer de acero/que condimenta un guiso infinito/mientras nosotros/a un costado/imaginamos la sed.* (págs. 17-18)

El Fantasio es un poema que se encuentra mediando el libro. Parece ser una excepción. No sólo por su hechura si no también por las imágenes que despliega, por la cadencia del verso que acompaña metódicamente a la reflexión y que pinta, a la vez, toda una escena poniendo, sin embargo, el punto de interés en el sujeto que dice. Es un poema detenido y hermoso y puede que sea -para mí lo fue- un pivot desde donde pensar todo el libro. *Ir* pertenece a la colección *Música del Lugar* y fue presentado el 13 de Abril pasado en el subsuelo de la Casona Municipal. **D**

Un campo de desnudeces

Pablo Carrizo

Siempre pensé que era posible tocar poesía. Tocar su rostro. Tocar su pecho. Tocar su clavícula y sus pies. Tocar su llave curva y su necio arraigo. Siempre pensé que era posible tocar poesía, tocar lo que ella no da. Siempre lo pensé y varias veces lo sentí. Tocar de yemas poesía. Varias veces: la carita poceada de un poema, la espina carnosa, el hueso de un poema, los brazos largos y que se van de un poema, el pelo grasoso y a veces tan lavado de un poema.

La última vez que toqué poesía ella quemaba y helaba. Estando yo entre los días de abril de dos mil dieciséis, pasé las yemas por sesenta y cuatro páginas de poesía. Estando casi muerto, herido de amor herido, sin estructura, toqué poesía. Quemaba y helaba. Toqué un puñado vivo y quieto de poemas. Toqué La casa de la niebla, de Elena Anníbali. La casa de la niebla es un libro aunque breve, macizo. Aunque rudo, dulce. Fue editado en 2015 por Ediciones del Dock, en su imprescindible colección Pez naufrago. Toqué sus poemas, que llevan y traen preguntas en la aleación de un espacio cercano y un tiempo indiferente. Libro con respuestas secas y preguntas húmedas. Entre el tejido de palabras, Anníbali ha construido una hermosa dura trama de hechos, que contienen dudas de fe y confianzas de ardor: “yo tenía pocos años y ya era / rigurosamente anciana / sabía que el altísimo podía aplastarme la cabeza / enfermar nuestras ovejas / quitarnos el verano, la poca dicha / pero igual miraba para arriba / y bajito decía / que sí, señor, venga a mí la destrucción / lo que deba venir / soy tu surco, señor, / soy tu surco /”.

El libro se compone de tres partes: La casa de la niebla, un poema de siete poemas sobre la viva muerte de un hermano; La zona, trece referencias –atmósferas que arman una atmósfera– de una ciudad o pueblo del interior cordobés; y Otros poemas, una docena de textos por donde se expande un universo múltiple y cercano.

Pero llega lluvia

Entre las palabras que van corriendo en La casa de la niebla, vibra un proceso, reversible, sin tiempo. Una gradualidad punzante desde el sacrificio al bienestar y viceversa: “no, mi casa no se derrumbó, / no temblaron los



vidrios / ni la araña cayó de la amapola del infierno / todo vino, empezó adentro: / nos tragó un ojo /”.

Tocando la poesía de este libro, sentí la expresión de una extraña confianza, de una fe tensada por preguntas centrales. De un dolor que flota entre los días, a nuestro alrededor, pero de un dolor cuya violencia es bella y, quizás, necesaria. Como en este poema titulado Los trenes: “su vapor se confunde con la niebla / que ciega a los caballos / con el humo de neón / de las cafeterías públicas / con el tabaco amargo de los suicidas / que a esa hora / en grupos / van a mirar los rieles / a oler el perfume del aceite ardido / (...) / así de antigua es la felicidad / así de inexacta / las máquinas no hallan / las salidas / su timbre de soledad / nos hace doler el corazón”.

Hay una belleza trazándose directa y estricta en muchos poemas, donde lo hermoso falta y por eso está: “somos tan tristes sin él / a veces no hay de qué hablar, ¿sabe? / no hay fuerza para decir las cosas de la vida / pero llega lluvia, a veces, / que es mansa y hace música en las canaletas / llega lluvia para ungir la herida / para hacer grandes las flores de carne / de ángel se pone el patio / detrás del ligustro, el Dulce renace / me dice: poné, hermanita, tu mano / en mi corazón / hace el mismo ruido que los caballos / ¿viste? / ¿no es un milagro?”.

Una ilusión haciéndose desconfianza, algo quemándose de certeza, una frontera donde se incrustan la luz y la oscuridad, ambas doliendo y curando: “cuesta pensar en el vuelo / al ver el pájaro en la trama / cuesta imaginar los sábalos radiantes / si los hilos se cruzan / formando un río / todos los colores tienden / hacia la noche / donde todos los rostros son / idénticos / donde las manos tejen / cosas de las que no se hablan”.

Tocar poesía del libro La casa de la niebla me hizo preguntarme: ¿Cómo canta el dolor? ¿Trae recuerdos? ¿Los pasa por melodías? ¿Aúlla? ¿Brama? ¿Tose quemante? ¿Silba bajito? ¿Cómo canta? ¿Tiene estribillo? Lo que sale de la tierra y se dispersa y lleva el color de un lugar a otro, cómo se llama. Está entre los versos del libro la presencia de alguna forma de dios (“el altísimo”, “señor”) y su contrario (“el diablo”), de firmezas y miedos: “cuando llega la mañana / queda, aún, / el olor a tanto diablo suelto / tibio olor a cadáver, a carne, / a clavo de olor / las flores, del alto de un hombre, copulan desde la raíz y exhalan / brotes / semillas / es un campo de desnudeces, / un laberinto donde el Norte / se ha viciado, roto, / desperdigado en todas las direcciones / y no hacemos más que correr / de un lado a otro del parque / no en la alegría luminosa del juego / sino en la angustia profunda del desconcierto /”.

La casa de la niebla es un libro inmediato, de una estriada belleza, áspera, que hace vibrar lo que arde: sea dolencia, templanza o felicidades. Tocar este libro inquieta y abre preguntas básicas. Y originales. Tocar sus poemas es una experiencia necesaria, para otra forma de ver, en otros ojos, sin concederle tramo a lo establecido: “para la liebre, la luz de la linterna del cazador / es un pequeñísimo y muy raro amanecer / como cada mañana, se pone frente a la luz / y sabe que debe decir su oración, sabe / que es la hora en que halla rocío en el matorral o / la tibia pelusa de la cría / para la liebre, no encandilada sino sumisa / ante el amor del sol / el tiro de escopeta semeja el sonido / de una bandada disparándose al aire / aún si el fuego penetra su carne / aún si cae, su cuerpo no entiende / el triunfo del que caza, su viciado deporte / entiende, sí, el sueño que le embarga / y eso es siempre así / cada mañana /”.

La confabulación de los pájaros

Acerca del libro *Aves de la Reserva Natural Vaquerías*, publicado por la Editorial de la UNC.

Juan Manuel Conforte*

Maeterlinck llamaba la atención sobre el peso de la ley natural que condena a las plantas a la inmovilidad desde que nacen hasta que mueren. Quizás en el extremo opuesto a las plantas existe una suerte de condena que parece en realidad una bendición: la vida de los pájaros, condenados a habitar en los aires, a ir de un lado a otro sin otro punto fijo más que el amplio cielo.

Maeterlinck defiende la idea de que no hay una ruptura tajante entre los reinos. Lo inanimado, lo vegetal y lo animal participan de una misma inteligencia universal y desarrollan acorde a sus necesidades los artificios para dar solución a lo que las contingencias del universo los exponen. Roger Caillois, aquel francés exiliado en la casa de Victoria Ocampo durante la segunda guerra, lleva la apuesta aún más lejos. Ante la posible objeción de que los animales, las plantas, las montañas o los mares, no podrían crear artificios inútiles como los objetos artísticos del ser humano, Caillois encuentra en el mundo de los insectos que el recurso mimético, la supuesta mascarada de los insectos para no ser detectados por un predador, es en realidad una estrategia inútil, creada no para evitar las predaciones sino como un “lujo”. Así, la humana capacidad de la pintura, la actuación, el disfraz, en definitiva la humana capacidad de crear un artificio inútil, la encontramos ya en la naturaleza desde hace unos cuantos millones de años antes que el hombre mismo apareciera en la tierra. *¿Qué sería de nosotros los seres humanos*, se pregunta el Dr. Fernando Barri en el prólogo de *Aves de la Reserva Natural de Vaquerías, sin los pájaros?*

Bajo esta reflexión deberíamos ubicar, entonces, el canto de los pájaros. El canto de los pájaros que surca el cielo al amanecer parece obedecer más a un ritual que a necesidades de las especies. Un artificio gratuito que no siempre está al servicio de la comunicación, ni para la reproducción. Simple ejercicio de la voz que más allá de los avisos de alerta, de recursos de comunicación, etc., suponen la gratuidad del canto. En este punto vuelven a tocarse,



a mimetizarse, el mundo animal y humano. Porque no sólo nuestro canto, sino todas las posibilidades de nuestra voz como nuestro lenguaje mismo proceden de un artificio similar. Dentro de las investigaciones que se han realizado sobre el origen del lenguaje humano, ya desde tiempos de Rousseau (*Ensayo sobre el origen de las lenguas*, título, dicho sea de paso, de la colección mínima de la Editorial de la UNC) se lo desligaba de la necesidad de comunicación. Rousseau ponía el origen del lenguaje más en el sentimiento que en la necesidad. Forzando un poco las reflexiones y sin adentrarnos en cuestiones científicas, podríamos decir que el lenguaje surge más del silencio de la experiencia que del tumulto de las necesidades. Solo del enmudecimiento en el que nos arroja la existencia como seres y como cosas (siguiendo las reflexiones de Maeterlinck y de Callois), puede surgir algo así como el canto y el lenguaje. Una encrucijada innegable: lo que dice, lo que canta, surge de lo que no dice y no canta. Sería entonces más correcto afirmar que el canto y el lenguaje no surgen de nosotros sino que el lenguaje y el canto hablan y cantan en nosotros desde un fondo de absoluto silencio. Nuestra voz es así un impersonal, una especie de inconsciente que traiciona las aspiraciones de comunicación entre nosotros.

Lacan llamaba la atención sobre el *tono* como *enunciación*, como mensaje. Es decir que por momentos el lenguaje intencionado que tiende hacia la comunicación es engañoso, oculta ese otro lenguaje que dice sin decir, que canta como un pájaro en la comunidad de los vivientes. Recordemos, como lo hace Lacan, que el *tono* es algo que no puede escribirse en el pentagrama musical, que no hay signo del tono, sino que este puede a-notarse en los márgenes dando una pauta bastante ambigua al intérprete. Así hacía notar Lacan que pequeñas tosecillas, alteraciones mínimas en el lenguaje (lapsus), ruidos en la panza, es decir los mínimos gestos (tonos) escritos al margen en una sesión de psicoanálisis, podrían cobrar el valor de un dicho y acercarnos al pájaro del inconsciente que canta su confabulación contra todo el mundo intencionado. El psicoanálisis, así dice también Lacan (*La dirección de la cura*), no se aleja de una *mántica*. Es decir de aquella práctica antigua que consistía en leer el vuelo de los pájaros para predecir el porvenir.

Parte de esta confabulación de los pájaros que surcan nuestro cielo cordobés, es la imposibilidad de escribir su canto. El libro *Aves* realiza el monumental esfuerzo poético de llevar ese canto a la palabra escrita. Allí podemos leer el “COU COU COU CO” descendente y acelerado del Cuclillo Canela, el nasal y metálico “PLENK... PLENK...” de la Bandurria, el “UICHU..FUIU..” cantado a dos voces por aquellos Benteveos a quienes quizás deban los cordobeses su tono peculiar al hablar, y podríamos nombrar así un largo canto de decenas de especies. Aquí el lenguaje se torna onomatopeya: intenta nombrar (la palabra onomatopeya significa etimológicamente “dar nombres”) el canto de los pájaros, es decir aquello que por definición no tiene ningún nombre sino que es pura voz. Mensaje sin palabras; cifra de nuestro destino que intentamos ignorar pero que no deja de trazarse en los cielos y de cantar para que algo así como una amanecer o un despertar sean posibles. **D**

*Psicoanalista.



Tu Obra Social a un **Click**

Implementamos un sistema de turnos on line para que puedas gestionarlos desde donde quieras y cuando quieras.

www.daspu.com.ar



Sede Ciudad Universitaria. Av. Valparaíso s/n. Te. 4474600
Sede Maternidad Plaza Colón. Santa Rosa 1047. Te. 4474601
Sede Cerro. Tristán Malbrán 3822. Te. 4474602
Sede Cofico. Campillo 346. Te. 4474603



CUANDO A UN
LABORATORIO LE
AGREGAS UN FIN
SOCIAL, EL
RESULTADO ES
MUCHO MÁS QUE UN
MEDICAMENTO.

Hace más de 50 años, un laboratorio público combina Compromiso, Calidad, Eficiencia y Transparencia con un Fin Social, mejorando la calidad de vida de muchas personas.

LABORATORIO DE HEMODERIVADOS
Universidad Nacional de Córdoba

Un laboratorio diferente.